BOLSILIBROS BRUGUERA

SS

SERIE SERVICIO SECRETO

Interpol llama a Lisboa

ralph barby



SS SERVICIO SECRETO



RALPH BARBY

INTERPOL LLAMA A LISBOA

Colección **SERVICIO SECRETO nº 1.029**
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES
CARACAS – MÉXICO – RÍO DE JANEIRO

Depósito legal B 7.722 - 1970
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: abril, 1970

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

El automóvil negro brillaba por la fina lluvia de finales de primavera, de una primavera neoyorquina húmeda y neblinosa.

No hacía mucho que la ciudad había encendido sus luminarias eléctricas para entablar su batalla diaria contra el oscuro manto de la noche bajo el que se refugiaban miles y miles de hampones.

Las luces de las farolas se reflejaban en los charcos de la brillante calzada sobre la que no era conveniente rodar con rapidez, ya que la circulación era densa y el peligro de patinazo y choque consiguiente era grande.

El oscuro automóvil dobló silenciosamente por una callejuela de Brooklyn en su zona portuaria frente al East River y se detuvo frente a un portal oscuro.

El barrio, especialmente los días de lluvia, olía mal, a detritos empujados por la lluvia, luego el molesto *smog* que irritaba los bronquios y hacía gruñir a los dos *G-men* que tenían su turno de noche en la cercana estación de policía.

Kenneth y Douglas no eran vulgares patrulleros sino agentes de paisano que ayudaban al teniente Morris en sus investigaciones en la brigada de homicidios.

—Será una prostituta.

Tras aquella opinión, Kenneth encendió un pitillo. A su lado, el sargento Douglas corroboró:

—Sí, estará asustada por uno de esos matones que las meten en cintura y luego se les llevan los cuartos.

—Esos tipos me caen mal. Son irnos buscapleitos extorsionadores y chantajistas si se les presenta. Cuando llevo a uno de ellos a la brigada, siento unos deseos incontrolables de achatarles el hocico de un puñetazo.

—No lo digas muy alto, ya sabes que el teniente Morris tiene sus ideas al respecto. Hay que compadecer al delincuente.

—Y a las víctimas, ¿quién las compadece? —se lamentó Kenneth saliendo del auto con el cigarrillo encendido.

Llevaban el sombrero encasquetado y no hacían mucho caso de la fina y persistente lluvia que les caía encima. Pasaron al portal oscuro y el sargento Douglas encendió una linterna bombardeando con su cono de luz los buzones de correos.

—No sé por qué diablos colocan estos buzones si luego no se molestan en escribir los nombres de quienes viven aquí.

—Será que no quieren recibir correspondencia o que se mudan cada dos por tres de esta pocilga donde seguro que hay más ratas que personas.

Con la linterna por delante, ya que la escalera carecía de luz, subieron hasta el tercer piso enfrentándose con la puerta «B».

—¿Funcionará el timbre? —preguntó irónico el agente Kenneth.

Ambos representantes de la brigada de homicidios no esperaban ascender al puesto de capitán de brigada, pero servían fielmente al cuerpo al que pertenecían.

Su veteranía les hacía mirar la vida con cierto sarcasmo, propio del que está de vuelta de todo y ya no corre por nada.

El timbre funcionó. Hubieron de llamar un par de veces antes de que una mujer, con voz temerosa, preguntara sin abrir la puerta:

—¿Quién es?

—¿Señorita Darnell? —preguntó Douglas.

—Sí.

—Somos de la brigada de homicidios. Usted ha realizado una llamada solicitando ayuda y ha aludido al asesinato de un estibador ayer noche.

El cerrojo fue descorrido y la puerta abierta.

La luz de la linterna dio en el cuerpo de la fémina que resultó bastante joven y bien provista de un llamativo busto que semejaba querer reventar el jersey que era más pequeño de lo que la mujer precisaba.

La morena tenía unas caderas dignas de un silbido y unas piernas ligerísimamente torcidas, pero hermosas también.

Tras enfocar con la linterna a la mujer, el sargento la apagó preguntando:

—¿Podemos pasar?

—Sí, sí, claro, les estaba esperando.

Entraron en la habitación y la chica se apresuró a cerrar recelosa.

Aquel apartamento no estaba sucio, pero sí con paredes desconchadas. Era una gran estancia estudio-salón y alcoba, todo junto. Luego, tenía una diminuta cocina y un servicio. Allí no parecía haber nadie más aparte de la chica que acababa de franquearles la entrada.

La mirada perspicaz del sargento fue observándolo todo, desde el armario que había a un par de maletas sobre el largo y ancho sofá que por la noche debía convertirse en cama matrimonial.

En las paredes había dibujos obscenos en abundancia y unas marcas como si hubieran pretendido borrarlos con estropajo sin conseguirlo.

Pese a estar limpio, aquel apartamento olía a cloaca como el resto de la zona y la humedad sé había metido allí haciéndolo todo pegajoso y blando.

—Y bien, ¿qué cuento vamos a tener que oír? —preguntó Kenneth dejándose caer en el sofá.

—He pedido protección a la policía.

—¿Protección? —repitió el sargento Douglas mirándola suspicaz —. ¿Para qué?

—Quieren matarme.

Kenneth inquirió:

—¿Y quién pretende arruinar un cuerpo tan lindo?

—Gracias por su halago, oficial, pero no estoy para tonterías. Deseo protección.

—¿Hasta que se convierta en abuelita? —preguntó el sargento.

—No, sólo por esta noche, protección hasta el aeropuerto Kennedy.

—¿Quiere emprender el vuelo la blanca paloma?

La pregunta había partido del sargento. Kenneth añadió:

—No creo que de paloma blanca tenga nada. Usa perfume barato, profusión de cosméticos y poca pintura en las paredes para borrar esas obscenidades.

—He tratado de quitarlas lavando las paredes. Antes vivía aquí un dibujante y se entretuvo en esas cosas, sería un morboso, lo malo es que utilizaba tintas que han penetrado en el yeso y ahora no hay quien las borre y no tengo dinero para empapelar las paredes de

este asqueroso apartamento del que quiero irme ahora mismo.

—De acuerdo, de acuerdo, olvidemos los dibujitos y hablemos del porqué desean matarla. De momento ya nos ha dicho que ignora quién quiere eliminarla, pero sí puede explicamos cómo se ha enterado.

—Me lo han dicho por teléfono.

—Kenneth chupó su cigarrillo e inquirió, ya que cuando iba en pareja con el sargento Douglas ambos solían repartirse las preguntas para acorralar más a sus interrogados:

—¿Hombre o mujer?

—Hombre.

—¿Cuándo ha sido?

—Hace un par de horas.

El sargento tomó a preguntar:

—¿Qué es exactamente lo que le ha dicho ese enigmático hombre del teléfono? Sabemos que diariamente hay por lo menos cien estúpidos que se dedican a llamar lanzando amenazas misteriosas. Son neuróticos que gozan con el placer de sentirse fuertes cuando creen que nadie va a descubrirles. De cuando en cuando enviamos unos cuantos al sanatorio psiquiátrico para que les arreglen las tuercas.

—Esta vez iba en serio, estoy segura.

—¿Por qué está segura? ¿Qué le ha dicho? —preguntó Kenneth.

—Cuando oí la llamada hace un par de horas cogí el auricular y escuché: «¿Es usted, Margaret Darnell?». «Sí, contesté, ¿qué desea?». «¿Dónde vive?», me preguntó él. «¿Para qué quiere saberlo?», le dije yo.

—¿Y él qué respondió? —preguntó el sargento.

—«Tengo que darte un recado de parte de Halpher». «Dígamelo por teléfono». Pero él ha insistido en que le diera mis señas.

—¿Y usted se ha negado? —se asombró el sargento con cierta mala intención.

—¡No soy la clase de chica que creen, no tienen porqué insultarme! —protestó ella airadamente.

—De acuerdo, de acuerdo, olvide mis palabras. Halpher es el estibador que asesinaron ayer en el muelle cuarenta, ¿verdad?

—Sí.

Kenneth pasó a la carga inquiriendo:

—Usted y él eran algo más que amigos, ¿verdad?

—Bueno, hace tiempo que nos conocíamos.

—¿Vivían juntos aquí? —interrogó Kenneth.

—No, pero él venía muchas veces.

—¿Era su chica o una más para él?

A la pregunta del sargento, ella se revolvió molesta.

—Éramos… éramos, bueno, como marido y mujer.

—Amantes —sentenció Kenneth agotando paulatinamente su cigarrillo.

—Está bien, sí, éramos amantes, pero ya les he dicho que no soy lo que piensan. Yo sólo tenía un hombre.

—Pero él no quería casarse o ¿era usted?

—El decía que era mejor no casarnos. Que si nos cansábamos el uno del otro nos separábamos y *happy end.*

—Bien, bien. A nosotros nos pagan para sacar los trapos sucios al aire, pequeña —comenzó a apaciguar el sargento—. Hay cosas que, aunque feas, no son consideradas delito, pero que ayudan muchas veces a poner otras en claro. Ahora sabemos que usted era la chica de Halpher, que vivían aquí juntos y que seguramente, a la luz de la luna, él le contaba sus confidencias. Todos los hombres, en un momento u otro, se ablandan y se ponen románticos.

—Halpher era muy reservado, no me explicaba nada de su trabajo. Decía que no tenía nada que contar, que era un empleo muy vulgar. Ya saben, los estibadores no tienen una vida muy espectacular precisamente.

—Pero roban en las mercancías que arriban a los puertos de Nueva York. No, no es que todos los estibadores sean ladrones, pero sí lo son un buen tanto por ciento de ellos. Se aprovechan de agujeros en los sacos, tablas sueltas, etcétera, mercancías que se pierden por el camino, que nadie puede decir dónde se han volatizado y que tienen que cubrir las compañías aseguradoras.

—Bueno, alguna vez me traía un perfume o alguna tontería, no digo que Halpher fuera un santo, pero yo lo amaba y he sentido mucho su muerte. Yo no sabía nada de lo que él hacía.

El sargento Douglas suspiró.

—No tenemos ningún motivo por el cual llevarla a jefatura, pero mejor será que siga explicándonos lo de esa llamada misteriosa. A lo mejor nos ayuda a cazar al asesino de Halpher.

—Qué más quisiera yo, lo que temo es que él trata de asesinarme a mí también.

Kenneth puntualizó:

—Seguramente creo que Halpher se ablandó una de las noches que pasó junto a usted.

—Les repito que no sé nada, sólo quiero protección hacia el aeropuerto Kennedy.

—¿Adónde quiere ir?

—A Los Ángeles. Dicen que allí se vive bien y hay posibilidad de trabajar como figurante en el cine. Además, hace mejor clima que en Nueva York.

—Sí, eso es cierto, pero aún ignoramos cómo acabó la conversación telefónica —advirtió el sargento.

—Le dije que no le daría mi dirección y él, riéndose, me contestó que tardaría un poco más pero que la averiguaría y que entonces pasaría a visitarme. Les juro que he sentido miedo, terror. Estoy segura de que ese hombre quiere matarme y soy joven para morir asesinada.

—Nosotros opinamos lo mismo —dijo Kenneth—. De modo que ahora vendrá un peligroso asesino a convertirla en cadáver. La verdad, a mí no me gusta presenciar las autopsias de las chicas hermosas. Se ponen muy feas y luego en una semana no puedo comer albóndigas ni hamburguesas.

—Cállate, Kenneth, no seas morboso.

—¡Van a desquiciarme los nervios! He pedido ayuda y sólo hacen que infundirme más terror todavía —se lamentó ella, sentada y con la espalda apoyada contra la pared pintarrajeada.

—No haga caso a Kenneth. Lo que él pretende en realidad es que hable más de lo que nos ha dicho, por eso la asusta un poco. Muchas personas, si desde un principio nos hubieran hablado claro como pedimos, se habrían ahorrado de pasar por la sala de autopsias.

—Les juro que no sé nada de nada.

—Está bien, la acompañaremos al aeropuerto, pero antes queremos estar seguros de todo. ¿Está en esas maletas todo lo que se va a llevar? —preguntó el sargento.

—Sí.

—Ábralas, pues.

—¿Por qué?

—Porque se lo pide el sargento Douglas, que soy yo. ¿Le parece poco?

—Es que sólo contiene ropas de mujer.

—Bien, pero queremos ver lo que lleva si hemos de protegerla. Piense que al subir al avión, si lleva una pistola encima, la van a detener. A la policía y al Gobierno no les gustan demasiado estos últimos actos de piratería aérea. Siempre hay que ir a buscar nuestros aviones a Cuba.

—Si yo no tengo que ir a Cuba, ni quiero secuestrar aviones, pobre de mí.

—Ya me lo figuro, pero abra las maletas o pensaremos que oculta algo dentro de ellas.

—Está bien —suspiró Margaret.

Sacó unas llaves y abrió ambas maletas.

Douglas las volcó sobre el sofá para mejor registrar su contenido. Aparecieron ropas íntimas de mujer, la mayoría muy llamativas.

—Cualquiera diría que trabaja en un club nocturno.

—Bueno, algunas veces encuentro empleo en algún club.

—¿*Strip*-tease? —preguntó Kenneth.

—¿Estoy obligada a responder? —Se molestó ella.

—Oh, no, no está detenida ni mucho menos. Se supone que la estamos protegiendo, pero si responde a nuestras preguntas, será mejor.

Mientras el sargento revolvía las ropas y cosméticos, puestos sin orden ni concierto, Kenneth observó atentamente las maletas.

De pronto tiró del forro de una de ellas y quedaron al descubierto un montón de fajos de billetes de veinte, cincuenta y cien dólares, muy bien colocados para que ocuparan el mínimo.

Ambos miraron interrogantes a la joven, que palideció y se dejó caer sentada sobre una butaca.

—Bien, supongo que este dinero no se lo dejó la abuelita en su media, ¿verdad? —preguntó el sargento Douglas.

—Me lo dio Halpher.

—¿Todo de una vez?

—No, en ocasiones sucesivas. Él quería ponerme contenta y me traía dinero diciéndome que pronto tendríamos una casita en el

Bronx y viviríamos como ricos.

—El dinero se lo daba, ¿o le pedía que se lo guardara? —inquirió Kenneth.

—Decía que era de los dos. Si él ha muerto, es lógico que me lo quede yo.

Douglas sonrió con sarcasmo y dijo:

—Herencia directa de mano a mano, así se ahorra uno los impuestos al Estado.

—¡Yo no sé nada de impuestos!

El sargento recogió el dinero para contarlo y sentenció:

—Me temo, encanto, que su amigo el estibador era un chantajista y el extorsionado se cansó de él liquidándolo. Como supuso que usted estaba en el ajo, y se quedaba también con el dinero, quiere eliminarla, por eso usted tiene miedo.

—Yo no he chantajeado a nadie, lo juro, tienen que creerme. Ese dinero lo traía Halpher y cuando yo le preguntaba me decía que cuanto menos supiera del asunto, menos peligro tendría.

—Por lo visto, Halpher era muy cuidadoso con usted, claro que algunas cosas sueltas diría. Le advierto que mejor será que hable claro, porque ahora sí hay motivos para abrir una investigación contra usted como cómplice de un chantajista.

—¡Yo no chantajeé a nadie, se lo juro!

—Deje de jurar, encanto —cortó Kenneth—. Ya hemos oído demasiado esa palabra y en su boca es papel mojado.

De pronto, Margaret Darnell se cubrió la cara rompiendo a llorar.

Los dos veteranos de la brigada de homicidios se miraron entre sí con cara de disgusto y circunstancias. Douglas se echó el sombrero hacia atrás y preguntó:

—Bien, ¿va a hablar claro de una condenada vez?

—No me reveló nunca quién le daba el dinero.

Kenneth observó irónico.

—Quizá temía que le pisara el negocio.

—Cierra el pico, Kenneth, déjala que se explique.

—Me dijo que en una de esas ocasiones que meten las manos en las cajas, llevándose cualquier chuchería, sacó un par de latas de sardinas de importación portuguesa. Tenía hambre y se comió el contenido de una. Me contó que tenía un gusto especial. Luego,

cuando abrió la otra, descubrió en su interior un polvo blanco.

—¿Estupefacientes?

A la pregunta del sargento, ella asintió:

—Un tipo que la probó le dijo que era heroína. Él no quiso venderla, pero por lo visto buscó al dueño de las latas y debieron llegar a algún acuerdo, porque en adelante siempre traía dinero en abundancia.

—Hasta que el tipo en cuestión se cansó y lo liquidó —dijo Kenneth—. Es una historia corriente y que no pertenece a nuestro departamento.

—¿Ah, no? —se asombró ella.

El sargento aclaró:

—Es asunto de la brigada de estupefacientes. ¿Funciona ese teléfono que hay pegado a la pared?

—Si no lo mueve demasiado, sí.

El sargento Douglas discó unos guarismos y aguardó a que descolgaran el auricular al otro lado de la línea.

—Brigada de estupefacientes al habla —respondieron.

—¿Inspector Sherray?

—Sí.

—Soy el sargento Douglas. Tenemos entre manos un caso que promete ser interesante. Se trata de tráfico de heroína en latas de sardina en conserva portuguesas.

—Bien, sargento, creo que ha cogido un cabo del ovillo grande. En este último año ha habido una alarmante entrada de heroína en Estados Unidos y aún se ignoraba la forma de envío.

—Pues ahora ya lo sabe, Sherray. Precisamente tengo aquí a una palomita que quería volar con bastantes billetes en un doble fondo de su maleta y al parecer tiene miedo de que la maten. Sería conveniente que la interrogara usted y no la crea cuando jure y perjure.

En aquel momento, por detrás de la ventana que daba a la escalerilla de incendios, apareció una figura apenas visible.

El cañón de una pistola provista de silenciador hizo estallar súbitamente los cristales con un golpe y comenzó a vomitar plomo y fuego.

Margaret Darnell brincó sobre la silla y gritó aterrorizada antes de que los dos balazos estropearan su hermoso busto haciendo

estallar su corazón. Murió instantáneamente.

Los dos policías, sorprendidos, no tuvieron tiempo ni de sacar sus armas.

Sus cuerpos quedaron tendidos en tierra.

El sargento Douglas, aferrado al auricular, en su caída arrastró todo el aparato telefónico desclavándolo de la pared.

La siniestra figura del asesino levantó el marco de la ventana. Penetró en el interior del apartamento y comenzó a recoger el dinero esparcido por el suelo.

CAPÍTULO II

El inspector de aduanas buscó en el archivo hasta localizar uno de los impresos rellenos y firmados.

—Aquí está. Permiso de importación de latas de conserva portuguesas.

El inspector Albert M. Sherray, de la brigada de estupefacientes y miembro de la Interpol, era joven pese a su cargo.

Imponía su elevada estatura, más su cuerpo era delgado. El rostro duro y varonil tenía una pequeña cicatriz a lo largo del maxilar inferior, en su lado derecho, que no le afeaba y decía de él era que temerario, que no rehuía el peligro.

Era difícil discernir el color de sus ojos, pues mientras algunas mujeres se extasiaban ante ellos, jurando que eran azules, algunos hampones aseguraban que eran grises, helados y cortantes como el filo de una navaja.

El cabello oscuro, abundante y algo revuelto, caía en parte sobre la frente despejada, formando un ligero fleco que él empujaba descuidadamente hacia atrás.

—¿Contenido? —preguntó apremiante.

—Sólo sardinas en escabeche en un tipo de variedad portuguesa. ¿Cree que es eso lo que está buscando?

—Sí.

—Con franqueza, yo no le he visto nada de particular a esos embarques.

—¿Abrieron algunas latas?

—Siempre lo hacemos, pero como son productos comestibles no podemos abrirlas todas. Estropearíamos la mercancía.

—Comprendo, pero ¿no han visto nada anormal dentro de dichas latas?

—No, por supuesto. Si lo hubiéramos visto habríamos iniciado el oportuno expediente. ¿Se supone acaso que en esas latas de sardinas

se han pasado drogas clandestinamente?

—Sí. Hace apenas una hora, dos miembros de la policía han sido asesinados y también una mujer, y ayer un estibador del muelle.

—Diablo. El estibador fue Halpher, ¿verdad?

—Sí. Creo que él ha sido el iniciador de todo este lío, el que ha levantado la tapa del estercolero y el hedor que sale de su interior ha producido las primeras víctimas. La chica era su novia y los policías la estaban interrogando cuando los barrieron a balazos. Precisamente uno de ellos, el sargento Douglas, estaba telefoneando al ser asesinado, y yo estaba al otro lado del hilo.

—De veras lo siento. Les ayudaré en cuanto esté a mi alcance para atrapar al asesino.

—Este caso es bastante complejo, como usted sabe. Hay contrabando de estupefacientes, y debemos detener al que los recibía en Nueva York vendiéndoles luego con pingües beneficios. Este tipo es muy peligroso, un asesino con cuatro cadáveres sobre sus espaldas, ya que no puedo decir sobre su conciencia, pues no creo que la tenga.

—Yo tampoco.

—Bien, deme los recibos de las distintas llegadas de esas latas.

—Sí, ahora mismo buscaremos en el archivo.

No tardó el inspector Sherray en tener varios permisos de la aduana y los recibos de recogida del embarque.

—Todo parece normal —observó—, y todos los envíos han sido recibidos por una misma empresa.

—Son embarques pequeños, a lo sumo cien cajas.

—Cien cajas con cien latas dentro de cada una significa que en cada embarque llegan diez mil latas de conserva, pero ¿cuántas de ellas estarían llenas de heroína?

—Si la droga que pasan en esas latas es heroína, será un gran negocio el que se llevan entre manos esos traficantes en narcóticos.

—Sí, eso es lo que opinamos todos los de la brigada de estupefacientes. Teníamos ese sucio mercado controlado, pero últimamente había quedado invadido por las drogas desde Nueva York a Los Ángeles y desde Nueva Orleáns al estado de Washington. Naturalmente, la droga la expenden los pequeños traficantes, adulterada con glucósidos y lácteos. Los drogadictos pagan un precio excesivo por lo que compran. Son esclavos de su vicio y

darían hasta la piel cuando precisan su toma.

—¿Han detenido a alguien?

—Hasta ahora, mis colegas y yo en toda la nación, sólo hemos podido detener a los pequeños vendedores, viciosos que expenden y distribuyen la droga para costearse sus propias tomas. No hemos dado con los peces gordos. Sin embargo, parece que ahora hemos atrapado un cabo grande y limpio que, desgraciadamente, ya ha costado la vida de dos policías y dos civiles.

—¿Cree que el nido está en ese restaurante portugués que importa las latas?

Sherray leyó el tampón de la empresa que había solicitado aquellos envíos:

—Oporto Restaurant, 878 Avenida Lexington. —Miró al inspector de aduana y respondió—: No lo espero, pronto lo averiguaré. Gracias por todo, inspector.

—En todo lo que necesiten, les ayudaremos, inspector Sherray. Nosotros también luchamos de un modo implacable contra el tráfico clandestino, en especial los estupefacientes, pero esos tipos son muy astutos y muchas veces logran burlar nuestra vigilancia.

En el automóvil le aguardaba el agente Rother, un hombre que llevaría diez años a Sherray, pese a ser éste su superior.

Rother era aficionado a comer. Llevaba un espeso bigote latino y con la copa de su sombrero, que jamás se quitaba de su cabeza para no descubrir su calva, llegaba al hombro de Sherray. En cambio, pesaba una docena de kilos más que su superior.

—¿Ha averiguado algo, jefe?

—No me llames jefe.

—Está bien, Sherray.

—Me gusta más el tratamiento directo, ya lo sabes.

Rother dejó que Sherray se pusiera al volante, sabía que le agradaba conducir.

—¿Crees que atraparemos a los asesinos de Douglas y Kenneth?

—Más tarde o más temprano, seguro, pero debemos damos prisa. He hecho algunas averiguaciones que pueden damos pistas directas.

—¿Adónde vamos ahora?

—Al Oporto Restaurant.

—Magnífico, ya me estaba entrando hambre.

—No vamos a cenar, sólo a meter las narices.

Pisó el acelerador a fondo, echando atrás al agente Rother, que gruñó:

—Mientras no me exciten demasiado la nariz con vapores recién salidos de la cocina…

El auto rodó veloz en la noche hacia el centro de Manhattan.

Albert Sherray solía conducir rápido y las luces de la ciudad desfilaron raudas como estrellas fugaces tras la ventanilla.

El propietario del Oporto Resturant les recibió con una amplia sonrisa. Era un hombre chaparro, de rostro colorado y algo menos pesado que Rother.

—Bienvenidos a su casa, caballeros —invitó con marcado acento portugués.

Sherray le mostró su identificación y el rostro de Paulo D'avila se preocupó. Rother pensó que mejor se la hubieran enseñado después de comer.

—Mi compañero es el agente Rother, también de la brigada de estupefacientes.

D'avila carraspeó. Sabía muy bien que un restaurante podía ser cerrado por simples sospechas, hasta que se aclararan las cosas y aquello podía quitarle clientes.

—¿Policías? ¿Es que ha sucedido algo malo? Le aseguro que en mi casa no se toman drogas, sino las ricas especialidades de mi tierra. Yo soy hombre de ley.

Demasiado recientes en sus pupilas los cadáveres de Douglas y Kenneth, el rostro de Sherray no se dulcificó. Hundió la mano en su bolsillo y extrajo los documentos portuarios que mostró al portugués.

—¿Son de su restaurante estos pedidos?

Tragando saliva con dificultad, D'avila leyó los recibos y comprobantes. Se apresuró a denegar con la cabeza.

—No, decididamente, no. No he importado sardinas en lata de mi tierra, se lo aseguro.

—Pero el membrete es de su casa, ¿no?

—Sí, creo que es exacto. Pasen a mi despacho y les mostraré mi tampón. Sin embargo, no comprendo nada. Hago especialidades de mi patria, pero de Portugal sólo importo el vino. Los fiambres los compro aquí.

D'avila se deshizo en explicaciones hasta llegar a su despacho, donde les mostró el tampón.

Sherray lo entintó, estampó sobre una hoja en blanco y luego lo comprobó.

—Es el mismo. Hasta tiene un defecto en la «T» de restaurante.

—Pues, no entiendo.

—¿Quién es Harry Sullivan?

El propietario del establecimiento parpadeó.

—No conozco a nadie que se llame así.

—Es raro, porque quien utiliza el tampón firma así. Vea los impresos y recibos. Estamos trabajando rápidos y no he tenido tiempo de pedir una orden de cacheo de su restaurante.

—¿Una orden de cacheo? ¡Por favor, van a arruinarme, compréndalo!

—Óigame bien. Hace poco menos de dos horas ha habido tres muertos y dos de los asesinados eran miembros de la brigada de homicidios, todo porque habían descubierto un caso de tráfico clandestino de estupefacientes. Le aseguro que a los que cacemos complicados en estos crímenes se sentarán en la silla eléctrica.

D'avila tosió.

—Si no sé nada, absolutamente nada. Todo es sorpresa para mí. Siento lo de los asesinatos, me repugna el delito, pero tengo los libros al día, pueden comprobar los papeles.

—Más vale así. Como le decía, no tenemos una orden de cacheo, pero si usted da su permiso, mientras hablamos un poco, el agente Rother podría dar un vistazo por el local.

—Oh, sí, puede hacerlo, no tengo nada que ocultar, pero, por favor, que no llame la atención de los comensales. Sería mi perdición. Los clientes son como pájaros, a la primera palmada desaparecen volando y luego cuesta mucho volverlos al redil.

—Lo comprendo y todo se hará con el máximo tacto. ¿Verdad, Rother?

—Sí, sí, claro. Voy a dar un vistazo, a ver si encuentro latas de sardinas en escabeche.

—No comprendo quién ha podido utilizar mi tampón. El despacho es privado.

—Pues alguien de sus empleados está metido en los asesinatos hasta el cuello.

—Parece imposible. Todos son de mi absoluta confianza.

—¿No sospecha de nadie en particular?

—En absoluto.

—Pues tendrá que empezar a sospechar, porque recogeremos las cartas de pedido y este despacho será clausurado hasta que comprobemos si su máquina de escribir ha sido utilizada para redactar las cartas de pedido y el tipo de papel y la tinta. Los muchachos del laboratorio vendrán aquí en cuanto los telefonee.

El portugués, muy expresivo como buen latino, se llevó las manos a la cabeza como barruntando la gran catástrofe.

—Dios, Dios, ¿qué habré hecho yo?

—No tema, si es inocente nada le ocurrirá y me estoy temiendo que alguien ha abusado de su confianza. Por cierto, ¿ustedes tienen un furgón con los rótulos del restaurante?

—Sí, sí, lo tengo. Se utiliza para ir a buscar el género y también para servir cenas especiales en casas particulares que lo solicitan. Se lo facilitamos todo, servicio, mesas, sillas, vajilla, etcétera. Un furgón es imprescindible.

—¿Y dónde está ahora el furgón?

—En el garaje, como siempre que no lo utilizamos.

—¿Un garaje cercano?

—Sí, como a ciento cincuenta yardas de aquí. La primera calle a la derecha en dirección sur.

—¿Quién puede utilizar ese camión?

—Todos mis empleados tienen carnet de conducir y no tengo ningún chófer en particular. Llevan el camión los que están de servicio, yo les doy las llaves.

—¿Dónde guarda las llaves?

—Aquí.

Abrió un cajón de su mesa y las mostró.

—¿Puede cogerlas alguien?

—Sí, sí, pueden cogerlas.

—Incluso alguien podría tener un duplicado de esas llaves.

—Sí, sí, claro. Pero no comprendo cómo. Ninguno de mis empleados ha podido hacerme tal faena —se lamentó, desmoralizado.

—Luego comprobaremos si el camión de usted ha sido el utilizado por el asesino. Es conveniente que no de las llaves a nadie,

porque hay que revisar todas las huellas dactilares. Me temo que esté metido en un buen lío —dijo Sherray escrutando al portugués con su mirada perspicaz. Trataba de averiguar la verdad en el rostro del aturdido D'avila.

—Imposible, me parece imposible.

—Sin embargo, los papeles le acusan, aunque el nombre no sea suyo —y mostró de nuevo los albaranes.

El portugués parpadeó y dijo:

—Aguarde, aguarde un momento.

—¿Qué ocurre?

—Me parece que esta letra la conozco.

—¿Está seguro?

—Sí, claro, es la de Lemon.

—¿De veras?

—Sí. En mi despacho hay varias escrituras con las que podrá comprobar.

—Perfecto, eso lo harán los calígrafos de la brigada pero antes, dígame, no hay tiempo que perder, ¿quién es Lemon?

—Luis Lemon es mi contable, un hombre de confianza. Jamás ha faltado un céntimo en las cuentas y ha llevado todos los libros a la perfección.

—Luis Lemon, un hombre de doble vida. Por un lado, el empleado más honrado y por el otro un peligroso asesino y traficante de drogas, que lo ha utilizado a usted y a su restaurante como tapadera. Un plan bien elaborado.

—Dios, Dios, ¿quién iba a imaginarlo? Si sólo viene un par de horas al día para poner las cuentas y los libros al corriente.

—Ahora, dígame, ¿dónde puedo hallar a Lemon?

—Vive en una pensión de Brooklyn, pero…

—¿Pero qué? —apremió Sherray.

—Ahora recuerdo que una vez se le cayó un recibo de la cartera que me sorprendió. En un principio, él se molestó, luego me explicó que no tenía importancia, que aquel recibo era de un amigo.

—¿De qué era ese recibo?

—Del alquiler de un *cottage* ubicado en Staten Island.

—Hum, eso parece interesante, puede ser su guarida. Dígame la dirección exacta ahora mismo o le cierro el local.

D'avila palideció. Puso los ojos casi en blanco y comenzó a

sudar. Al fin balbució:

—Carretera cuatro cero dos.

—¿Número?

Resopló, cada vez se empapaba más de sudor ante el temor de que le cerraran aquel restaurante que tanto le había costado levantar ganando prestigio entre los buenos *gourmets* yanquis.

En aquel momento, Rother entró en el despacho con los carrillos hinchados y moviendo el bigote.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Sherray.

Ya que no podía hablar, Rother movió la cabeza negativamente.

—El uno siete tres —dijo D'avila superándose.

—¿Está seguro?

—Sí, eso es, uno siete tres.

—Bien, bien, si Lemon llega aquí no le diga nada y llame inmediatamente a la brigada de homicidios para que lo detengan. Nosotros vamos a ver si lo cazamos en su *cottage*.

—Y yo que creía que lo tenía como nido de amor —se lamentó el europeo, casi lloroso.

—Vamos, Rother, acaba de engullir lo que tienes en la boca. Tenemos trabajo.

De nuevo, el automóvil de Sherray arrancó rápido en dirección a Staten Island.

Rother preguntó:

—¿Pedimos refuerzos?

—Si hay luz en el *cottage*, lo haremos. Ese tipo es peligroso y no es que tema que nos dispare.

—Pues, yo sí, jefe.

—Llámame Sherray.

—Correcto, Sherray. Mi estómago digiere bien cualquier tipo de comida menos las empanadillas de plomo.

—Lo que quiero es atraparlo vivo. Puede darnos la clave de todo el tráfico de heroína. No deseo sólo un peón de este problema, sino un jaque mate total a la organización de traficantes.

Una vez se encarrilaron en la 402 Road, el automóvil se puso a cien millas por hora manteniéndose cerca del océano en la desembocadura del Hudson River.

La carretera estaba bastante más oscura que la ciudad y las aguas batían la costa oscura y siniestra.

Había dejado de llover, más las nubes seguían cubriendo la tierra y el océano y ocultaban las estrellas y una luna que podría haber iluminado la noche de aquel final de primavera.

—¡Aquél es el *cottage*! —indicó Rother.

—Sí, y hay luz dentro. Llama por teléfono a las patrullas de carretera, pidiéndoles que nos echen una mano.

Cuando detuvieron el auto, Rother efectuó la petición de ayuda que fue captada inmediatamente por la patrulla de policía que se prestó a colaborar, llevando varios coches patrulleros. Haciendo sonar agudamente sus sirenas, se dirigieron al este de Richmond.

Sherray, pistola en mano, se aproximó al *cottage*, cuya ventana estaba cubierta por una cortina que si bien era espesa, permitía el paso de luz, indicando que alguien estaba dentro de la casa.

Al llegar junto a la ventana, sonaron dos disparos que hicieron estallar los cristales y por poco alcanzaron a Sherray.

—Cuidado, Sherray, ese tipo nos ha descubierto y tira a dar.

Con su pistola en la mano, Rother también corrió hacia el hotelito, protegiéndose tras unos setos.

—¡Entréguese o será peor! —gritó Sherray.

Del interior de la casa brotó una carcajada.

—¡Búscame, polizonte!

Albert M. Sherray pasó por debajo de la ventana aproximándose a la puerta.

Trató de abrirla pero se percató de que estaba cerrada. Acercó su pistola a la cerradura y disparó dos veces. Luego, dio una patada y la hoja saltó cuando dos balazos más cruzaron su umbral, buscando el cuerpo del inspector, sin hallarlo.

En aquel momento, por direcciones contrarias, arribaron dos coches patrulleros haciendo rodar sus luces rojas sobre los respectivos techos y con las sirenas ululantes.

—¡Soy el inspector Sherray, rodeen la casa! —gritó al quedar iluminado de lleno por los potentes focos de los patrulleros.

Los policías se desplegaron y Sherray consiguió entrar en la casa, más allí ya no estaba el traficante de drogas; sólo habían cajas, muchas cajas de latas de conserva.

Sherray, seguido por Rother, cruzó la casa saliendo al lado contrario con el tiempo justo de ver correr una sombra hacia las rocas batidas por las olas.

—¡Enfoquen las rocas! —gritó a uno de los policías que portaba una linterna autónoma y de gran potencia.

A unas cincuenta yardas, Sherray pudo ver un rostro que se grabó en su cerebro. Alzó su pistola y exigió:

—¡Deténgase o disparo!

El fugitivo llevaba a su espalda unas ampollas de oxígeno y en su mano urnas gafas submarinas. No hizo caso de la orden y desapareció tras las rocas cuando una ráfaga de ametralladora batía aquel lugar.

Todos corrieron hacia las rocas y escrutaron el mar ayudados por las linternas. Se hicieron multitud de disparos sobre las aguas, pero no vieron ningún cuerpo flotando sobre ellas.

—Búsquenlo, controlen toda la costa, hay que encontrarlo —pidió Sherray, que tan al alcance de su mano había tenido a aquel asesino cuyo rostro ya conocía.

—Si no al asesino, por lo menos tenemos la mercancía, Sherray. El *cottage* está lleno de latas de sardinas, con ellas podría abastecerse todo un ejército. Quién iba a pensar que un *cottage* como éste serviría de almacén.

Sherray no escuchaba al agente. Sólo miraba hacia las aguas esperando ver flotar de un instante a otro el cadáver de aquel asesino llamado Luis Lemon.

CAPÍTULO III

La pista de cemento semejó deslizarse veloz bajo las ruedas del «Boeing» intercontinental, cuando era la aeronave quién cortaba el viento impulsada por sus cuatro turborreactores hacia la terminación del aeropuerto de Lisboa.

Lucía un sol espléndido, un sol ibérico y brillante. En Portugal, como en el resto de las naciones mediterráneas, había comenzado el verano y las hembras corrían presurosas a la arena para tostar su epidermis.

La sonrisa más amplia de la azafata fue inevitablemente para Albert M. Sherray, el yanqui de rostro frío y ojos claros.

La aeromoza debía pensar que era una lástima que aquel sujeto tan varonil no hubiera secuestrado el aparato raptándola a ella y llevándola luego a una isla solitaria, perdida en el océano, donde fuera inútil pedir auxilio.

—¿Inspector Sherray?

El norteamericano se encaró con aquel individuo que apenas le llegaba al hombro. Sonreía abiertamente y le miraba a través de unas gafas oscuras.

—Sí.

El desconocido que había aparecido ante él en la terminal del aeropuerto sacó un carnet que mostró al americano.

—Soy el agente Maquieira y me han enviado para darle la recepción a su llegada a nuestro país.

—Muy amable, pero, la verdad, no creí que nadie viniera a recibirme. Esperaba ir primero al hotel y luego pasar por la central de policía lisboeta.

—Todo le resultará más fácil si alguien, indígena como yo, le acompaña.

—Por supuesto, Maquieira.

Sherray dejó su reducido equipaje en el aeropuerto para que lo

recogieran desde el propio hotel y se dejó conducir por el agente hacia un automóvil de fabricación americana, amplio y sólido.

Abrió la puerta posterior del «Plimouth» y Sherray se introdujo en él. Maquieira pasó al volante y segundos después ambos abandonaban el aeropuerto para dirigirse al centro de la capital, bajo el sol radiante de la península ibérica.

—¿Quiere un cigarrillo? —ofreció Sherray.

—Oh, sí, gracias —aceptó el portugués.

Sherray le brindó fuego y cuando encendía su propio cigarrillo, vio que delante de él, por encima de los asientos delanteros, brotaba un cristal con un espesor de media pulgada.

Las ventanillas se cerraron automáticamente, mientras el chófer seguía fumando tranquilamente, observándole por el retrovisor.

Sherray trató de detener con sus dedos el cristal para que no llegara al techo, pero por poco le corta los dedos, ya que debía poseer un muelle muy fuerte.

El tal Maquieira soltó una carcajada al ver el trabajo inútil del americano. Tomó el micrófono, y dijo:

—Buen viaje al infierno, inspector Sherray. Ha sido una lástima que su visita a Portugal haya resultado tan corta.

El americano comprendió que había caído en una trampa y que debía reaccionar con rapidez. Por suerte llevaba la «Browning» que a través del cristal apuntó a la cabeza del chofer.

—Deténgase o le mato.

—Es inútil que desperdicie energías, inspector. Tanto el cristal que nos separan como el de las ventanillas son a prueba de balas y si dispara, el proyectil puede rebotar y herirle a usted mismo.

Tras aquellas palabras, capaces de desalentar al más esperanzado, aquel tipo colgó el auricular. Sin embargo, Sherray jaló el gatillo de la automática.

Tal como le habían advertido, el plomo rebotó sobre el cristal y estuvo a punto de clavarse en su cuerpo. Terminó por empotrarse en el mullido asiento.

En aquel instante comenzó a brotar un gas por debajo del asiento posterior, un gas que Sherray identificó en el acto.

—Cianhídrico puro…

Comprendió que estaba encerrado en una verdadera cámara de gas que en pocos instantes acabaría con él. Aquello no era una

broma pesada ni un somnífero del que pudiera despertar más tarde. Era mortal y Albert Sherray contuvo la respiración.

Apuntó bajo el cristal, por detrás del asiento del chófer. Disparó dos veces con la esperanza de horadar el asiento y atravesar a su asesino, más fue inútil.

Por el altavoz se escuchó de nuevo una carcajada, mientras el tal Maquieira pisaba el acelerador, rodando cada vez más aprisa por la Avenida de Brasil, en dirección a la capital donde debía llegar con el cadáver del americano.

—¡Maldito puerco! —masculló Sherray, tratando de no tragar el aire envenenado por el ácido prúsico.

Tenía escasos segundos de vida y debía actuar sin dilación.

Su pistola, por lo visto, no servía de nada, pero aún tenía balas y las aprovechó disparando contra la cerradura de la portezuela.

Luego se encogió sobre el asiento, envuelto ya en el mortífero gas. Disparó a sus pies. La portezuela se abrió violentamente, entrando aire puro en el automóvil, aunque no el suficiente.

Jugándose el todo por el todo, Sherray se dejó caer rodando sobre el asfalto, con la «Browning» en la mano en la que aún quedaba una bala.

El «Plimouth» maniobró como conducido por un ebrio.

El asesino quedó sorprendido al ver cómo escapaba su víctima, a la que ya creía en trance de muerte.

Apenas hubo logrado un ligero equilibrio, Sherray disparó sobre los neumáticos del automóvil fugitivo. Pese al enorme tanto por ciento que tenía en contra de no acertar, dio a una de las ruedas posteriores, reventándola.

El «Plimouth», lanzado a gran velocidad, chirrió frenético.

Pasó por delante de otros automóviles que habían quedado perplejos por lo sucedido. Incluso, algunos, se habían detenido para ver en qué podían ayudar.

Maquieira no pudo controlar su automóvil y al pasar por un puente arrancó la baranda de cuajo. Cayó al vacío, estrellándose contra unos peñascos.

Luego, hubo una fuerte explosión y quedó envuelto en llamas, cuando la sirena de un motorista ululaba estridente dirigiéndose al lugar del siniestro.

Mientras, Albert M. Sherray se lamentaba de no haber podido

atrapar vivo a aquel asesino para sonsacarle cuanto supiera.

Paul Slatery reflejó su mal humor con un gruñido.

Se dirigió a la ventana y a través de la persiana metálica observó la nave central de su pequeña fábrica de enlatados marinos. Luego, soltó la persiana y se encaró con su hermano Martin.

—Por una estupidez tuya hemos perdido millones.

—En nuestro negocio, perder unos millones no es la ruina, las ganancias son grandes y el dinero se rehace.

—Se rehace cuando hay forma de rehacerlo. Tú has dejado que se estropeara nuestro mercado. Desde Nueva York distribuíamos la heroína a todo Estados Unidos y allí es donde hay buenos dólares para pagarla.

Quien observara a los dos hermanos norteamericanos podía descubrir rasgos similares entre ambos, aunque semejaran distintos.

Paul, el mayor, era más bajo, calvo y tenía algunas libras de más en su fornido cuerpo y más astucia en los ojos. Él era el verdadero cerebro de todo.

Por su parte, Martin podía sentirse orgulloso de sus facultades atléticas, de poseer la mejor puntería y sangre fría suficiente para apuñalar a alguien con una sonrisa en los labios.

No podía hacer otra cosa. Aquel desgraciado chantajista que en mala hora descubrió la heroína, pedía más y más.

—Mala cosa son los chantajistas, lo sé, Martin, pero pudiste llevarlo bien y el dinero que le dabas no nos perjudicaba. Con encarecer un poco más la mercancía, asunto concluido.

—Ese tipo era peligroso, conozco bien a las ratas como él. Luego estaba su chica. Ya te he contado que la liquidé.

—Sí, y también a los dos policías. Organizaste un castillo de artificios en Nueva York, menos mal que tenías la escapatoria preparada, sino no hay quien te salve de la silla eléctrica.

Martin rodeó la mesa, acercándose también a la ventana, desde la cual se dominaba la nave de la fábrica. Suspiró.

—Escapé por segundos. No sé cómo pudo dar tan pronto conmigo el polizonte de la brigada de estupefacientes.

—Es como una reacción en cadena, hermano. Si ellos encuentran un cabo, tiran fuerte de él y toda la maquinaria policial se pone en marcha. ¿Por qué crees que siempre hemos de ir buscando países tranquilos para instalarnos y exportar desde ellos al mercado

norteamericano con el camuflaje correspondiente? Martin, es muy difícil nuestro negocio. Se gana mucho, pero hay que tener bien sujetos todos los hilos, porque cuando uno falla, viene el quebranto como esta vez y la posibilidad de caer bajo las balas de la Interpol.

—El peligro está ahora en el inspector Sherray, que pudo verme el tiempo justo para grabarse mi cara entre ceja y ceja y luego hacer un retrato robot que publicó en los periódicos estadounidenses e hizo salir por varias cadenas de televisión.

—Lo que quiere decir que ya no puedes regresar a Estados Unidos. Tendremos que mandar a otro hombre de confianza.

A Martin Slatery parecieron sentarle mal las palabras de su hermano. Sus ojos brillaron de una forma maligna.

—Te guardarás mucho de enviar a otro en mi lugar para que venda a los mayoristas de Estados Unidos.

—¿No te das cuenta de que puedes ser identificado en cualquier instante?

—Yo nunca he sido fichado, hermano, sólo tienen un retrato robot mío, y yo puedo cambiar mi rostro.

—¿Cirugía estética?

—Sí. Puedo pasar a España, hay buenos cirujanos.

Sería un turista más que desea regresar a su país de origen con un nuevo rostro para dar una sorpresa a su esposa.

—No es mala idea. Después de todo, jamás podrías volver a Estados Unidos y sé que no hallaría a mejor hombre de confianza que mi propio hermano.

—Gracias, Paul, sabía que lo comprenderías. Sé que dispones de hombres que hacen bien tu trabajo, pero allá en Nueva York sólo debe existir un elemento para que sea más difícil descubrirlo. Sólo hay que recibir la mercancía y venderla a nuestros clientes, que siempre pagan al contado y en efectivo.

—Sí, pero nuestros clientes estarán pensando que el mercado se perdió. El inspector ese dio demasiada publicidad al asunto y publicó los datos de la droga hallada en el *cottage*. Ahora estarán buscando un nuevo proveedor.

—No les será fácil hallar uno tan bueno como nosotros. Entregamos heroína pura y de la mejor calidad, en cantidad y a buen precio.

—Eso es cierto. Lo mío me ha costado montar este negocio. La

Interpol está desorientada, porque ignoran de dónde procede la heroína. Están deseando hallar el lugar donde se elabora, pero nada lograrán y nos reharemos de este golpe. Tú regresarás a Nueva York con una nueva cara. Establecerás contacto con los clientes que tenemos en el fichero para venderles la droga que ellos se encargarán de distribuir y adulterarla entre los imbéciles que la pagan. Nosotros, desde aquí, veremos el medio de hacer llegar la droga a Nueva York sin que nadie sospeche, porque el camuflaje de las latas de sardinas ya no sirve.

—¿Vas a desembarazarte de esta pequeña fábrica?

—Eso sería mi deseo, pero no puede ser. Por ahora debe seguir siendo una tapadera. Si nos deshiciéramos de ella, después de las sospechas que han llovido sobre nosotros, nadie iba a salvarnos. Además, está el *Mozambique*, de él no podemos prescindir… Hay muchas cosas que hacer todavía, no será fácil del todo, pero tenemos los ases de la baraja en nuestra mano. En este país tranquilo y sin entrometidos que metan las narices en todas partes, pondremos de nuevo el negocio en marcha.

—Pero el tipo ese, Sherray, venía hacia Lisboa, ¿no?

—Sí, pero ya te he dicho que eso corría de mi cuenta.

—¿Le has preparado un buen recibimiento?

—Un recibimiento digno de él, no olvides que por su culpa hemos perdido varios kilos de heroína, lo que significa mucho dinero, y hay que continuar pagando a nuestros proveedores de ojos oblicuos.

En aquel instante sonó el timbre del teléfono que reposaba sobre la mesa.

Paul Slatery se acercó, descolgando el auricular. Oyó una voz al otro lado del hilo.

—Capricornio —respondió como contraseña. Luego, siguió escuchando.

Martin Slatery vio cómo el rostro de su hermano, atento a las palabras del teléfono, se ensombrecía.

—Hay que deshacerse de él a toda costa. No quiero fallos.

Colgó.

—¿Qué ocurre, Paul?

—Sherray.

—¿Está en Lisboa?

—Sí.

—¿No me has dicho que ibas a eliminarlo?

—Sí, ha tenido un magnífico recibimiento, pero quien ha muerto ha sido nuestro enviado. Ese paisano nuestro está convirtiéndose en demasiado peligroso. No podemos reorganizarnos hasta que reciba la noticia de que ha muerto.

—¿Y eso será pronto?

—Espero que sí, pero tú no te dejes ver.

—No me dirás que me esconda como una rata, ¿verdad?

—Como una rata, no, pero más vale que no te dé el sol de Lisboa en la cara. Lo mejor que podrías hacer es buscarte aquí o en España un buen cirujano, y, si mientras liquidamos a Sherray tú te vas cambiando de cara, será tiempo ganado.

—O. K., hermano, eso haré, pero necesitaré un poco de pasta.

Paul Slatery se dirigió a la pared donde colgaba un cuadro control de fabricación con la numeración de pedidos, importaciones y exportaciones.

Tiró de él y empotrada en el muro apareció una caja fuerte que abrió. Sacó un fajo de billetes norteamericanos y se los tiró a Martin, que los tomó al vuelo.

—Con dólares no creo que te hagan esperar en ninguna antesala. Di que tienes prisa y hazme saber dónde te encuentras.

—¿Llamo a este teléfono?

—Sí, pero no hables demasiado hasta que compruebes que soy yo.

—Entiendo, he de oír Capricornio.

—O.K., Capricornio será la contraseña.

CAPÍTULO IV

Hacía apenas un par de minutos que Albert M. Sherray había sido introducido en un cuidado despacho en la central de seguridad portuguesa.

Sacó un cigarrillo y, pensativo, lo colocó sobre sus labios. Le prendió fuego y acomodado en una butaca miró hacia la puerta, mientras la columna de humo que brotaba de entre sus labios ascendía hacia el techo.

De pronto se abrió la puerta.

Cuando esperaba ver a un par de miembros de la Interpol portuguesa, apareció ante él una figura de mujer alta y esbelta.

El rostro se hallaba enmarcado por una abundante y lacia cabellera rubia y los ojos eran grandes, rasgados, de pupilas verdosas.

La tez estaba tostada suavemente por el sol y el cuerpo bien torneado tenía un busto atractivo, capaz de atraer la mirada de *babys* y adultos, y las caderas, un prodigio de moldeo.

Sherray sabía juzgar bien unas piernas como las que tenía delante, apenas dos o tres pulgadas escondidas por la minifalda en la parte alta de los muslos.

—¿Ha concluido su clase de anatomía femenina? —preguntó irónica la espléndida hembra, aún junto a la puerta.

—Habla demasiado bien mi idioma para ser portuguesa, ¿me equivoco?

—Vivían Warner, agente de Scotland Yard, departamento de estupefacientes y miembro de la Interpol. Ésa es mi ficha completa.

—Entonces, somos colegas.

—Sí, ya sé que es norteamericano, brigada de estupefacientes y se llama Sherray.

—En tus labios, Albert suena mejor.

—¿Conquistador? —preguntó ella, sentándose en otra butaca sin

preocuparse por mostrar generosamente aquel par de bellas extremidades inferiores con que la dotara la naturaleza y que según la opinión del hombre, de inferiores no tenían nada.

—No, sólo naturalidad.

—De acuerdo. En reciprocidad, yo te llamaré Albert.

—Correcto.

Ella tomó el cigarrillo que él le ofrecía y dejó que Sherray se lo encendiera.

Tras la primera chupada, dijo:

—Me han pedido que, viniera a este despacho donde nos reuniríamos unos cuantos miembros de la Interpol. Parece que todos trabajamos en el mismo caso.

—¿Sería mucho pedir que me dijeras qué hace una inglesita es este negocio?

—Se sabe que en Hong-Kong, colonia británica, se embarcan considerables cantidades de opio en bruto recolectado en la China roja. Unos astutos negociantes de Hong-Kong lo compran en China y lo embarcan allá, pero no hemos podido atraparles. Por los informes que sonsacaron a unos detenidos se supo que el opio terminaba viniendo a Portugal, lo cual nos desorientó, pues esta nación apenas tiene drogadictos. Es un país sano al respecto.

—Comprendo. El opio sale de la China roja a través de unos indeseables de Hong-Kong. Llega a Lisboa, donde es transformado en heroína y luego exportado a Nueva York donde los narcóticos se cotizan más alto. Un ciclo completo y por lo visto todos los representantes de los países afectados estamos en este edificio policial.

—Porque el puente de mando y de los laboratorios de los traficantes se ubican en Lisboa y entre todos nos encargaremos de desarticular su organización y meter en la cárcel a sus miembros. Será un placer para mi trabajar en colaboración. He oído decir que traía algunas pistas.

—Es cierto.

—¿Puedo conocerlas?

—No.

Vivían parpadeó asombrada.

—¿Por qué no?

—Espero que vengan los agentes portugueses de la Interpol, en especial el inspector Coeiro, que por cierto es amigo mío.

—¿No te fías de mí? —preguntó irónicamente burlona.

—No me fío ni de mi padre. Ya he tenido un desagradable recibimiento a mi llegada a Lisboa.

De nuevo se abrió la puerta de la salita y en el umbral aparecieron tres hombres.

Albert Sherray reconoció inmediatamente a uno de ellos; era el inspector Coeiro.

—Hola, Sherray, de nuevo nos vemos.

El yanqui estrechó la mano del lusitano que le llevaría unos veinte años.

—Ya ve, Coeiro, los de la Interpol siempre terminamos por encontrarnos. Por cierto, acabo de conocer a la bella agente de la Interpol británica.

La mujer, sentada en su butaca y sabiéndose el centro de todas las miradas, observó irónica:

—No se fía de mi identidad. El americano es muy suspicaz.

Coeiro sonrió.

—Es Vivían Warner, agente británico de la Interpol. Ha venido desde Hong-Kong siguiendo la pista de unos traficantes de opio.

—Sí, algo de eso me ha contado, y todo parece relacionarse. El opio tratado por buenos químicos en laboratorios apropiados se convierte en morfina y luego en heroína, que llega clandestinamente a Estados Unidos. Todo el meollo de este tráfico de drogas se halla, por lo visto, en Lisboa, donde seguramente se encuentran los laboratorios y el cerebro de los traficantes.

El inspector Coeiro suspiró.

—Me agradaría que no fuera así, pero si es cierto, estaré muy satisfecho de que desarticulemos esa banda cuanto antes. Vivían, nuestro ahora común amigo Sherray tiene poderosos motivos para desconfiar de todo y de todos. Un supuesto agente de la policía portuguesa ha tratado de asesinarle a su arribada al aeropuerto.

—Hubiera sido una lástima que eliminaran a un hombre de su talla —dijo burlona.

Coeiro carraspeó antes de proseguir:

—He de presentarles a los inspectores Moráis y Veslao, agentes portugueses y también miembros de la Interpol.

Sherray estrechó en primer lugar la diestra de Moráis, un hombre más bien bajo, de grueso bigote y magro.

Su compañero Veslao era más alto que él y entrado en carnes. Semejaba estar sudando siempre y escondía sus ojillos redondos tras unas gafas ahumadas. Su edad lo mismo podía ser cuarenta que cincuenta años. Cabello escaso y una sonrisa en su boca de labios gruesos y algo caídos.

—Espero que entre todos atrapemos a esa banda de indeseables, pero les prevengo que son peligrosos. En Nueva York cometieron cuatro asesinatos y dos de los muertos eran miembros de la policía.

—Tendremos cuidado con ellos, pero los atraparemos —dijo Moráis, resuelto.

Su compañero agregó:

—Si están en Lisboa, como usted dice, seguro que no escapan.

—Bien, espero que entre todos formemos un equipo suficiente para aplastar a los criminales. El sujeto del automóvil no ha podido siquiera ser identificado, Sherray —dijo Coeiro.

—Lo suponía. Habrá quedado carbonizado.

—Eso es y el automóvil creo que no nos va a dar ninguna pista. No estaba registrado en el parque automovilístico. Lo entrarían en nuestra nación clandestinamente, lo que no comprendo es cómo estaban ya sobre aviso de su llegada a Lisboa.

—Es seguro que la droga ha partido de Portugal a Nueva York. El asesino que tenía su cuartel en Nueva York, acorralado por la policía, consiguió escapar y seguramente habrá regresado a Lisboa para reunirse con sus compinches. Él sí puede reconocerme y al mismo tiempo me estarían aguardando a sabiendas de que el enlatado de las sardinas me traería hasta Lisboa.

—¿Ha traído alguna de esas latas como muestra?

—Sí, están en mi equipaje en el aeropuerto.

—¿Y cuándo lo recogerá?

—Me lo enviarán al hotel en que he reservado habitación.

—¿Qué hotel?

—Avenida Palace.

—Vaya, parece que hemos coincidido en el hospedaje —comentó, sonriendo, Vivían Warner.

—Será muy grato tener cerca una compañía tan hermosa, podemos formar un buen equipo. —Se volvió hacia Coeiro y añadió—: Cuando tenga las latas en mi poder se las mandaré para que las analice en su laboratorio. De momento, creo que los primeros pasos a dar es realizar una visita a la fábrica de conservas marinas.

—¿Recuerda su nombre?

—Sí, Lusitania.

—Considero que ustedes dos forman una pareja excelente, se entienden a la perfección, porque utilizan el mismo idioma. Pueden comenzar juntos las investigaciones. Moráis, Veslao y yo mismo ayudaremos en cuanto precisen. Tome esta documentación, Sherray.

El norteamericano la tomó, preguntando:

—¿Es para un automóvil?

—Sí. En el parque automovilístico policial le facilitarán un coche con teléfono incorporado. Con él podrá ponerse en contacto con nosotros en cuanto lo precise.

—Es una atención que le agradezco.

—Yo tengo abajo mi automóvil —dijo Vivian—, o sea, el que tengo rentado mientras me halle en Lisboa.

—Magnífico. Hasta que me entreguen el del parque automovilístico, utilizaremos el tuyo. Y con él podemos hacer nuestra primera visita.

—Me gustaría que estuvieran equivocados —dijo Coeiro—. Y que esos traficantes no hubieran elegido Lisboa como lugar de trabajo y coordinación de su execrable negocio, pero después del intento de asesinato, creo que no queda lugar a dudas.

—Piense también en los enlatados —puntualizó Sherray—. De cada caja de cien latas, había cinco llenas de heroína pura. Por supuesto, estaban mezcladas con las otras y sin marca alguna que las identificara. El hombre de Nueva York recogía toda la exportación y debía ir abriendo todas las latas hasta hallar las cinco llenas de droga.

—¿Y qué pasaba con el resto de las latas no abiertas? —preguntó Vivían.

—Eran vendidas en el mercado central de Nueva York a bajo precio. De este modo, las latas corrían y la policía no podía recelar que una vez entradas en la Unión desaparecían totalmente. Sólo se tiraban las latas abiertas. De este modo llegamos a incautar trescientas setenta latas de heroína pura, ya que nuestro hombre de Nueva York, poseedor de varios nombres y probablemente ninguno de ellos cierto, no tuvo tiempo de abrirlas antes de que le acorraláramos en el *cottage* de Staten Island.

Coeiro indicó:

—Si precisan alguna orden de registro de la fábrica de enlatados marinos o de alguna casa en particular sobre la que recaigan fuertes sospechas, llámeme por teléfono y Moráis y Veslao acudirán junto a ustedes con la oportuna orden de registro y los agentes necesarios. Nadie más interesado que el Gobierno portugués en castigar y arrojar fuera de nuestro país a esos traficantes de estupefacientes.

—Lo tendremos en cuenta.

—Dejaré mandado que para mañana le tengan dispuesto el automóvil. No es que menosprecie el que haya rentado la señorita Vivían, pero con el teléfono incorporado podrán comunicarse inmediatamente con nosotros. Les será más práctico.

—Por mi parte, no hay ningún inconveniente —aseguró la muchacha.

—¿Cuál será nuestra misión? —quiso saber Veslao.

—Vivían y yo no conocemos del todo Lisboa, y ustedes nos proporcionarán los datos que hagan falta —dijo Sherray—. Les agradeceríamos que controlasen a todos los sospechosos, es decir, entradas, salidas, personas con las que se ponen en contacto e intervención de la línea telefónica si es posible.

Moráis preguntó:

—¿A quién comenzamos a seguir?

—Primero, Vivian y yo daremos un vistazo sin dar aire oficial a nuestra investigación. Luego les diremos a quiénes tienen que vigilar, seguramente a los fabricantes de enlatados marinos.

—¿Intervenimos la línea telefónica? —inquirió Veslao.

—Creo que eso sería conveniente hacerlo desde ahora mismo —dijo Sherray—. ¿Qué opina usted, Coeiro?

—Que es una medida acertada. Si ustedes van a verlos, los pondrán en guardia y es muy posible que traten de comunicarse con

sus compinches. Si bien una llamada telefónica no sirve como prueba, sí es una pista que puede darnos una seguridad con respecto a quiénes son los hombres que debemos acorralar hasta encerrarlos en prisión.

—Correcto —asintió Sherray—. Toda la maquinaria policial se pone en marcha. Esperemos que esto constituya un nuevo éxito de la Interpol y que cuando esta misión termine, todos los que estamos aquí podamos reunimos de nuevo.

Bastó una mirada de Sherray para que Vivian se pusiera en pie, colocándose junto al norteamericano.

La reunión dentro de la dirección de seguridad portuguesa había terminado.

En aquellos instantes, la Interpol hermanaba tres países en contra de un enemigo común, tumor cancerígeno que se había instalado en Lisboa y que extendía sus tentáculos a través del Atlántico.

CAPÍTULO V

El «Mercedes-Benz» *sport* rentado por Vivían Warner rodó rápido sobre el puente Portazgo en dirección a Aliñada, al sur de Lisboa.

Albert M. Sherray conducía con habilidad y gran velocidad el rápido automóvil.

Se internó en Almada, torció hacia el oeste y se detuvo frente a una pequeña factoría situada a orillas de la desembocadura del río Tajo.

El muro que cercaba la fábrica era alto y su gran puerta de plancha de acero estaba pintada en un azul fuerte, ajado por la erosión y dejando ver partes herrumbrosas.

—Es algo tarde, pero esperemos que haya alguien dentro.

Vivían asintió.

—Opino que esa puerta de acero va a ser difícil de salvar.

Sherray se apeó del automóvil. Dirigiéndose a la entrada, pulsó el timbre de llamada.

La pequeña puerta, ubicada dentro de la grande, se abrió apareciendo en su umbral un tipo tan alto como el propio Sherray, pero con cuarenta o cincuenta libras de peso más que él.

—¿Qué busca? —le preguntó en portugués.

—Ver al señor Hanker. Tengo entendido que es el propietario de la fábrica y que tiene su despacho aquí dentro.

—¿De parte de quién? —preguntó aquella especie de gorila guardián.

—De un posible cliente que paga en dólares.

—Aguarde.

El tipo le cerró la pequeña puerta en las narices.

Sherray regresó junto al auto y dijo a Vivían.

—Parece que aquí son poco amables y muy desconfiados.

La puerta de acero grande se abrió ante ellos. El guardián les

gritó:

—¡Pueden pasar!

Sherray entró en el «Mercedes» e introdujo éste en la fábrica junto al almacén de carga de los camiones.

No había muchas cajas para cargar. Delante de ellos, en la nave principal de la fábrica, estaba el departamento de enlatado y embalaje, ya que las marmitas de cocción se hallaban en otra nave de la fábrica, más cercana a las aguas del río, que habrían de llevarse al mar los detritos sobrantes del proceso de elaboración de pescados y mariscos.

—Suban aquella escalera de madera. Arriba está el señor Hanker esperándoles.

Treparon por la escalerilla tal como les indicaban y en el despacho encontraron a Paul Slatery, que no se hacía llamar así en Portugal, pues poseía una documentación completa bien falsificada a nombre de Paul Hanker.

Si mantenía el patronímico era para evitar posibles errores de alguien que le conociera bien, ya que podía suscitar recelos en la policía si utilizaba otro nombre de pila.

—Bienvenidos a mi pequeña fábrica —saludó el hombre algo bajo, calvo y de ojos astutos.

—Vaya, un americano industrial en Portugal —observó Sherray.

—Sí, no somos pocos los industriales norteamericanos que tenemos nuestras pequeñas o grandes industrias en otros países del globo. A mí me agrada Portugal y vivo bien aquí.

—Pero supongo que usted no montó esta fábrica —observó Sherray, mientras Vivían estrechaba la mano de Hanker—. Es más vieja que usted y no lo digo en tono peyorativo.

—No, no, claro que no. Tomen asiento, por favor. —Una vez se hubieron acomodado delante de la mesa, él hizo lo propio, encarado con la pareja—. En realidad, compré esta fábrica en una subasta producto de una quiebra. Creí que ponerla en marcha sería un buen negocio.

—¿Y qué tal le va? —preguntó la joven.

—Más mal que bien. Hay mucha y buena competencia en este país y también está la fuerte de la vecina nación. En fin, gano para seguir adelante, nada más. Cualquier día vendo la fábrica y busco negocio en otra parte, creo que les estoy aburriendo con mis

explicaciones. Ustedes dirán a qué han venido.

Vivían miró a Sherray, pero éste tenía sus ojos clavados en el rostro del falso Hanker, diciéndose que aquellos rasgos le eran familiares. Así lo manifestó.

—¿No nos hemos visto en alguna parte?

—No creo, ¿por qué?

—No sé, me da la impresión de que sus rasgos fisonómicos no me son del todo desconocidos.

Hanker palideció, pero enseguida repuso:

—Esa impresión también la tengo yo a veces con respecto a personas que realmente desconozco. ¿Cigarrillos?

Sherray se apresuró a encender el de Vivian y el que el propio Hanker había colocado entre sus labios.

—Bueno, nosotros somos prometidos. —Al escuchar aquellas palabras, Vivían le lanzó una mirada fugaz—. Es decir, el padre de Vivían y yo importamos a Estados Unidos todas aquellas cosas que consideramos pueden interesar al mercado norteamericano. Todo lo importado, como usted sabe, allí se cotiza alto.

—Sí, pero, pese a todo, el mercado norteamericano es difícil en esta rama, ya que tiene enlatados de primera calidad.

—¿Exporta ya conservas marinas a Estados Unidos?

Hanker miró a Sherray con una sonrisa cínica. Denegó claramente:

—No.

Sherray parpadeó tras la columna de humo que ascendía de su boca. Vivían, junto a él, tocó con la punta de su zapato la pierna del norteamericano fuera del alcance de la vista de Hanker. También ella había comprendido lo que significaba aquella rotunda negativa.

—Sin embargo, creo haber visto enlatados de su marca en Nueva York.

—Qué extraño. Desde que soy propietario de esta pequeña fábrica, jamás he tenido la suerte de exportar a Nueva York.

—¿Está seguro? —inquirió Vivían, apartando el cigarrillo de sus labios—. Precisamente teníamos nuestros reparos en venir a visitarle, por temer que usted ya tuviera un distribuidor en el mercado norteamericano.

—Les repito que no he exportado nada a Estados Unidos, sólo distribuyo mis productos en el mercado portugués, en el Portugal de

ultramar, y algunos países árabes del Mediterráneo; claro que como no vendo al *detall*, sino a los mayoristas, es posible que alguno de mis clientes haya creído que era buen negocio exportar a Estados Unidos. Suelen hacerse mucho esos tipos de transacciones. Es sabido que ganan más los vendedores mayoristas que los propios fabricantes, y no es que repruebe su labor. Ustedes también se arriesgan al comprar grandes *stocks para conseguir precios bajos y a nosotros los fabricantes nos interesa vender cuanto antes nuestros productos, porque ya están entrando otros nuevos en las marmitas para su elaboración.*

—¿Quiere decir que el que ha introducido los enlatados Lusitania en Estados Unidos ha tenido que ser un intermediario?

—No cabe duda.

Sherray puso cara de circunstancias y opinó:

—Mala suerte, la competencia siempre es mala y a nosotros nos gusta coger la exclusiva de un producto porque luego se puede obtener mejor precio en la venta. Claro que si nos pudiéramos poner de acuerdo con el mayorista que exporta a Estados Unidos…

—Lo siento, pero ignoro quién pueda ser, claro que si nos da los números de fabricación podríamos averiguar de qué mayorista se trata.

—No los tengo, pero puedo cablegrafiar a Estados Unidos y pronto sabría la numeración. Si usted nos proporciona la lista de sus compradores, la tarea sería fácil para nosotros.

—Lo siento, pero es secreto de la administración de la empresa. Nunca proporcionamos datos de tal índole, compréndalo.

—Sí, comprendo… —aceptó Sherray desilusionado. Aquel hombre que se hacía llamar Hanker no había picado proporcionando datos y no quería insistir para que no recelara.

—Traiga usted la numeración exacta y de este modo yo le proporcionaré el dato deseado. No es lo mismo nombrar a un mayorista que darle todos los nombres de nuestros clientes.

—Sí, tiene usted razón. Es una lástima retrasar un posible convenio comercial entre ambas partes, pero no podemos actuar hasta estar seguros de que nos es posible tomar la exclusiva de los productos.

—Más lo siento yo, que estoy deseoso de vender. No obstante, creo que todo se solucionará pronto. Si ustedes son tan amables, les

mostraré mi pequeña fábrica, que por sus dimensiones no puedo llamar factoría.

Sherray y Vivian no esperaban aquella invitación que les desorientó pero aceptaron inmediatamente.

Iban a poder ver la fábrica sin necesidad de efectuar un registro oficial. Presentarse como posibles compradores les estaba dando buenos resultados.

—Con mucho gusto veremos su fábrica y con ello sus posibilidades de producción. Ya sabe que el mercado norteamericano es muy amplio y si un producto cae bien se vende solo —explicó Vivian—. Para abastecer entonces el mercado, es necesario contar con buenos *stocks.*

—Pasen delante, por favor —invitó Hanker.

Vivian fue la primera en bajar la escalera. Sherray la siguió al tiempo que preguntaba:

—¿Están para salir al mercado todas esas cajas que hay en los andenes?

—Sí, son productos ya elaborados.

Siguiendo las indicaciones del falso Hanker, salieron de la nave principal quedando al aire libre, para luego entrar en una nave más pequeña, donde había grandes autoclaves de fabricación para cocer y preparar las conservas.

—Todo parece frío —dijo Sherray.

Hanker admitió:

—Sí, es que ahora no tengo nada para cocer, estoy esperando una nueva remesa. Hasta que lleguen las, barcazas cargadas con la materia prima, que en este caso son moluscos cefalópodos y sardinas, no podemos hacer nada.

—Y cuando se encuentra sin materia prima, ¿despide a su personal?

—Tanto como despedirle, no —explicó Hanker—, pero les doy fiesta. Ya les pago primas muy elevadas cuando está el proceso de producción en marcha. El tiempo es un peligro para los productos marinos, que se estropean enseguida. Ellos trabajan rápido y cuando no hay trabajo hacen fiesta. Le aseguro que no se quejan. Siempre es preferible este sistema a estar día tras día encerrado en una fábrica, naturalmente, no faltándoles dinero, y yo no soy tacaño con mis empleados.

—¿Tiene embarcadero propio? —preguntó Vivian.

—Sí, uno pequeño detrás de esta nave.

—¿Cree que sería interesante verlo? —preguntó Sherray.

—Como gusten. Síganme.

Albert M. Sherray tuvo la desagradable impresión de que era observado desde algún lugar, más pese a que varias veces se volvió bruscamente, tratando de no llamar la atención de Hanker, no descubrió a nadie entre la maquinaria.

El muelle particular de la fábrica no era muy grande, sólo apto para un carguero no mayor de sesenta pies de eslora y de quilla poco profunda, ya que corría peligro de quedar encallado en el lodo del fondo del estuario del río.

—¿Y tendrá pronto materia prima para reanudar su producción? —inquirió Vivian.

—Creo que durante esta semana la recibiré.

—Bien, Hanker, creo que por hoy ya le hemos molestado suficiente —dijo Sherray.

—Oh, no es ninguna molestia, estoy deseando que al final lleguemos a un acuerdo comercial. Por ahora no fabrico en cantidades masivas, pero es factible ampliar la producción y ésta siempre es de inmejorable calidad.

—Eso no lo dudamos.

Pasaron a la nave principal.

Junto al automóvil estaba el gorilesco vigilante que vestía un jersey rayado al estilo marinero que realzaba su exuberancia cárnica.

—¿Puede darme una muestra de esa caja que está abierta? —preguntó de súbito Sherray, señalando una caja de madera en la que podían verse varias latas.

—Oh, sí, claro, cójala usted mismo —respondió Hanker con naturalidad.

Sherray, como estaba en la parte baja del andén y la caja se hallaba en alto, se puso de puntillas y dio un golpe a la lata para cogerla al aire. La lata saltó demasiado y fue a parar sobre Hanker, que se vio obligado a pararla con las manos.

—Oh, qué torpe soy, disculpe.

Paul Slatery, alias Hanker, era un sujeto que controlaba bien sus sensaciones, pero no pudo evitar su disgusto al tener la lata de

conserva en las manos.

Palideció ligeramente achicando las pupilas. Sherray captó su expresión y se apresuró a coger la lata de las manos de Hanker, con cuidado, pero firmemente.

—Podía haberle dado en la cabeza —observó Vivían.

—Ha sido una suerte que el señor Hanker la parara —dijo Sherray.

Se apresuró a abrir la puerta del «Mercedes», invitando a Vivían para que pasara a su interior. Luego se acomodó frente al volante y puso el motor en marcha.

El guardián, con cierta sonrisa burlona, les franqueó la gran puerta de acero.

—Hasta pronto, Hanker —saludó Sherray.

—Buen viaje —respondió.

Inmediatamente, interrogó con la mirada a su guardián, que asintió con la cabeza en silencio.

Cuando el «Mercedes-Benz» *sport* abandonó la pequeña fábrica de conservas marinas, en el piso de hormigón quedó una significativa mancha de aceite.

Sherray, que había salido de la fábrica a una considerable velocidad, haciendo roncar el potente motor, disminuyó la marcha levantando el pie del acelerador y cambiando las marchas hasta que la velocidad del automóvil apenas fue apreciable.

—Qué sucede, Albert, ¿vamos a quedarnos en Aliñada?

—No, sólo quiero probar una cosa.

—¿El qué?

Pisó el freno a fondo y por más veces que lo intentó, éste no respondió. Luego probó a hacer lo mismo con el de mano sin ningún resultado.

—Lo que imaginaba. Nos han dejado sin frenos para que nos estrellemos.

—¿Estás seguro de que ha sido Hanker?

—¿Y quién si no? El coche ha estado encerrado dentro de la fábrica. Ese tipo nos teme y ha pensado que un accidente de circulación no nos iría mal, máxime si en el momento de emplear los frenos estábamos en el puente sobre el río, pero ese truquillo ya me lo han hecho demasiadas veces como para no tenerlo en cuenta, por eso he aminorado la velocidad pronto.

—Y yo que había empezado a creer en Hanker. Me pareció un buen hombre, un industrial más o menos honrado.

—Pero no un traficante de estupefacientes, ¿verdad?

—Eso es.

—Hanker es un tipo astuto, muy listo. He querido que me diera una lata con sus huellas, pero ha sabido esquivar la trampa.

—Ahora comprendo por qué le has tirado la lata encima para que dejara sus huellas digitales en la misma.

—Correcto —asintió Sherray conduciendo lentamente por Almada. Buscaba un garaje donde reparar el auto con rapidez.

—¿La entregarás a Coeiro para que investigue?

—No, la mandaré a Nueva York, junto con una foto del tal Hanker.

—¿Una foto? ¿Cómo vas a conseguirla?

—Ya la tengo, cariño. Le he sacado un par de frente y de costado.

—Ya caigo, tu encendedor.

—Sí, es un truquillo viejo, pero siempre útil. Las fotografías, junto con las huellas dactilares puestas en una de las computadoras de Estados Unidos, nos darán una ficha exacta de Hanker si es que tiene antecedentes penales. No olvides que él es norteamericano.

—¿El que sea norteamericano es todo el motivo por el cual no utilizar al inspector Coeiro para la investigación?

—Más adelante ya te contaré cariño. Ahora creo que allí hay un garaje donde nos pueden reparar el coche.

Ella suspiró.

—Menos mal que te has dado cuenta de que no funcionan los frenos. Siempre me ha horrorizado pensar que puedo quedarme dentro de un coche envuelto en llamas.

CAPÍTULO VI

Vivían Warner abandonó su habitación del Avenida Palace.

Cruzó el corredor y al final del mismo llamó a la puerta. 283 con los nudillos.

La puerta se abrió apareciendo un joven bien trajeado, pero con aire ligeramente afeminado.

—¿Qué desea? —le preguntó.

—Perdone, me he equivocado. Buscaba a un amigo.

—¿Al señor Sherray?

—Sí.

—¡Adelante, Vivían! —gritó desde el interior el propio Sherray.

El que la había recibido se apartó para dejarla pasar y al entrar en la salita de la *suite vio al norteamericano en el centro de la misma y a un hombre con gafas y semi calvo tomándole medidas con una cinta métrica.*

—¿Interrumpo? —preguntó ella socarrona.

—No estoy de modista, sino de sastre —respondió él.

—¿Aprovechas tu estancia en Lisboa para trajearte a la europea?

—No es que aproveche, sino que tengo auténtica necesidad de ello.

—¿Auténtica necesidad? No creí que fueras tan presumido —observó ella, dejándose caer en una butaca frente al hombre desde el cual lo observó a placer, mientras el sastre le alzaba el brazo y luego tomaba medida de los pantalones.

—Lo que ocurre es que mi equipaje ha desaparecido del aeropuerto y me han dejado solo con lo puesto.

Ella se rió.

—Qué mala suerte tienes, Albert.

—Yo no le veo la gracia.

—¿Has avisado ya al inspector Coeiro?

—Sí, dice que interrogará a todos los rateros del aeropuerto que

estén fichados.

—Mientras no haya sido un novato sin fichar…

—No creo que haya sido un habitual ni un novato.

—¿Quién, entonces?

—Mis amigos los traficantes, tú ya me entiendes… —dijo, para que el sastre no escuchara demasiado—. Menos mal que se me ocurrid llevar encima mi talonario de cheques y puedo comprarme ropa.

—Listos —dijo el sastre, empleado de uno de los grandes almacenes lisboetas.

—Quiero el *smoking* blanco, camisa, zapatos y muda interior para dentro de dos horas. El resto pueden traérmelo por la mañana.

—Es muy rápido —se quejó el sastre en mal inglés.

—Tráiganlo dentro de un par de horas. —Le alargó un billete americano que el sastre se apresuró a hacer desaparecer en su bolsillo.

—Sí, sí, antes de dos horas estará aquí la ropa.

—Ahora, ahuequen, por favor; tengo visita.

El sastre y su ayudante, que antes de salir lanzó una mirada admirativa no a Vivían sino al propio Sherray, abandonaron la *suite dejándolos solos.*

—¿Adónde piensas ir con el *smoking* blanco?

—A Estoril, y tú vendrás conmigo.

—¿Ordeno y mando?

—Me agrada tu compañía, Vivían, y creo que los dos juntos podemos hacer grandes cosas.

—Eso espero. Hace días que no mando ningún informe interesante a Scotland Yard y cualquier día de éstos me entero de que han prescindido de mis servicios.

—Diablos, ahora recuerdo que no he encargado un pijama.

—Yo tengo un par, pero creo que te quedarán pequeños.

—No sé, eso habría que probarlo. A ver, levántate.

—Vamos, Albert, déjate de bromas.

—¿Sabes una cosa, cariño? —dijo, acercándose a una mesita donde había un juego de seis copas y un par de botellas.

—¿Qué?

—No me interesa tu pijama.

—¿Vas a dormir vestido o como viniste al mundo?

—Lo segundo es más cómodo.
—Mientras no se incendie el hotel y no tengas tiempo de vestirte…
—No creo que fuera el único que me encontrara en semejante situación.
Le entregó el vaso con *whisky* tomando él otro y se sentó en el brazo del sillón en el que se hallaba acomodada la hermosa inglesa.
Tras beber un sorbo de licor, miró al hombre directamente con sus ojos muy claros y francos y preguntó:
—Albert, ¿cómo ha de ser para ti la mujer ideal?
—¿Quieres jugar a acertijos? —preguntó él con sorna.
—No, sólo que hasta dentro de dos horas no saldremos para Estoril. Por cierto, ¿qué vamos a hacer allí?
—Alternar.
—¿Buscar pistas?
—Sí.
—¿Conoces a alguien en Estoril?
—Más o menos, sí.
—De acuerdo. Cómo te decía, hay dos horas de tiempo y yo me reservo una para arreglarme. No quiero desentonar a tu lado ya que vas a ir de *smoking*.
—¿Y la otra hora que resta?
—Podemos matar el tiempo aquí. Aún no me has dicho cuál es tu tipo de mujer.
Él tomó otro sorbo de *whisky*. Mirándola por encima del vaso respondió luego:
—Desnúdate, ponte delante de un espejo y tú misma verás cuál es el tipo de mujer que me gusta.
—Eres un poco duro —sonrió ella—, pero halagador.
—Jamás he conocido a ninguna mujer que se sonrojara por un halago semejante, lo máximo un poco de color en las mejillas y mucho brillo en los ojos.
—Lo que acabas de decirme a mí, ¿se lo has dicho a muchas?
—¿No te parecería un cínico si te dijera que eres la única mujer hermosa que he conocido?
—¿Más cínico todavía?
Él alargó su mano y acarició la oreja femenina, adornada con un largo pendiente formado por una cascada de pequeños zafiros.

—Tú eres la más hermosa de todas.

—Pareces el espejo mágico de un cuento que solían explicarme de pequeña. ¿Quién soy yo, Blancanieves o la madrastra?

—No lo sé, eso lo dirá el tiempo.

—¿No te fías de las mujeres?

—En absoluto. Me gustáis, pero no me fío de vosotras.

—¿Por qué?

—Volubles, versátiles…

—¿Antifeminista?

—Lo que a mí no me gustan son los matriarcados.

—Ya, en tu país hay muchos matriarcados, creo que toda la nación es un matriarcado.

—Puede ser.

—Lo que a ti te horroriza son esas chicas hermosas que enamoran a un hombre y a los diez años de casadas se convierten en mujeres más o menos gordas, gruñonas, irascibles y acaparadoras.

—Sí, y un sinfín de defectos más que se agudizan con el tiempo.

—Los hombres, con el paso del tiempo, también se vuelven gordos, gruñones, acaparadores, egoístas…

—¿No hay nada más?

Vivían rió.

—Parece que estemos en lucha abierta. Yo, como tú, también temo a esos hombres que una vez casados se abandonan y a los pocos años no recuerdan en nada al hombre que nos enamoró.

—Hablas con mucha experiencia.

—Experiencia de las demás, he oído muchos lamentos de mis amigas. Yo sigo soltera y sin compromiso.

—¿Soltera, soltera? —insistió él.

—Sí. Me gusta vivir la vida mesuradamente, cada cosa a su tiempo. No soy una chiquilla loca de esas que buscan emociones fuertes a cada instante. Tengo la cabeza bien asentada sobre los hombros.

—Es difícil creerlo.

—¿Por qué?

—Eres una agente de la Interpol, vas de aquí para allá en medio de muchos peligros.

—Sé cuidarme, te lo aseguro. Por cierto, tú no me has

preguntado cómo me gustan a mí los hombres.

—Sé que responderás que te gustan como yo.

—¡Cada vez más cínico! —suspiró.

—A las mujeres os gustan un poco cínicos.

Ella había alzado su mano y desabrochado la parte alta de la camisa. Acarició suavemente el tórax masculino enredando sus dedos en el oscuro y recio vello.

—Hasta cierto punto.

—¿Y si se pasa de la raya? —inquirió él con voz ligeramente ronca.

Con voz suave, acariciadora, ella respondió:

—Un hombre que es muy hombre jamás se pasa de la raya. A mí me gustan muy hombres.

—¿Peludos como un oso?

—También hasta cierto punto, aunque el vello no perjudica al hombre.

—Y tú eres muy femenina.

—¿De veras lo crees?

—Si mi opinión te vale…

—Por supuesto que sí.

—Claro que…

—¿Qué? —apremió ella.

—He visto bellezas de mujer en pinturas de grandes maestros y aunque son verdaderas obras de arte resultan frías.

—¿Tú temes que yo lo sea?

—Lo probaremos.

Se inclinó sobre ella, le sujetó el cuello con su mano y la besó en los labios.

Vivian dejó caer sus párpados ribeteados de largas pestañas cubriendo sus ojos.

El beso fue electrizante para ambos y todavía les quedaba una hora de tiempo.

CAPÍTULO VII

Una luna grande, blanca y redonda, iluminaba ligeramente un cielo nítido y despejado sobre el Atlántico.

Lisboa quedaba veintiséis kilómetros atrás y frente a ellos estaba la pequeña, pero bien iluminada Estoril con su turismo, sus hoteles internacionales, sus embarcaciones de recreo y los casinos donde la ruleta giraba y giraba arrancando su fortuna a quienes confiaban en la suerte.

La suave brisa del mar llegaba hasta ellos pese a estar rodando a gran velocidad dentro del deportivo «Mercedes-Benz».

—¿Seremos dos turistas más? —preguntó Vivian que cubría sus hombros desnudos y el escotado busto con un echarpe de seda muy largo, siguiendo las últimas tendencias de la moda.

—En apariencia, sí. Mientras no nos confundan con una pareja de recién casados… —comentó irónico.

Vivian Warner sintió un ligero calor en sus mejillas, pero el aire volvió a refrescárselas. Miró al hombre de soslayo y se sintió a gusto junto a él.

Los grandes hoteles con sus reclamos, turistas caminando por las calles y la profusión de luz que escapaba de los casinos, todo daba un ambiente peculiar a la urbe.

—¿Tenemos que ir a algún casino en especial?

—Sí, y te advierto que no es para chicas como tú.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, pues que es un casino muy especial y nada recomendable para las chicas respetables.

—¿Sólo asisten hombres?

—No, también van mujeres, pero mujeres que no se escandalizan por nada.

—¿Por nada absolutamente?

—Así es, aunque su pareja se entretenga con otras, tú ya me

entiendes.

—Comprendo. Matrimonios que viven de cara al exterior, pero a los que sólo une un vínculo social y burocrático.

—Algo así. Es un local al que lo mismo acuden aristócratas, expatriados, políticos sudamericanos, magnates de las finanzas que pasan por Lisboa y tienen deseos de pasar una noche divertida y grandes delincuentes internacionales. Todos tienen un denominador común.

—¿El dinero?

—Sí. Es imprescindible tener dinero para entrar en el Eros. Por supuesto, también lo frecuentan maniquíes, chicas que han comenzado en el cine, pero que sólo han hecho una o dos películas y anhelan que alguien se fije en ellas, lo mismo para que les den más trabajo que para encontrar a alguien que las mantenga.

—Es todo un poema ese casino llamado Eros.

Sherray detuvo el automóvil en una zona de aparcamiento público.

Luego, ambos se introdujeron por una calleja oscura y lateral que nada parecía tener en común con los grandes casinos y hoteles internacionales.

—No me digas que ese casino está por aquí.

—Sí, es un local clandestino. Bueno, la policía sabe que existe y le va bien porque es una forma de controlar a los grandes delincuentes que pasan por Estoril.

—¿Y cómo la policía portuguesa permite ese antro?

—Es que realmente no hay nada ilegal en él. ¿Qué ciudad del mundo no tiene sus prostíbulos? Además, el juego está permitido en Estoril al igual que en Montecarlo o Las Vegas.

—Pero, si es clandestino… —objetó ella.

—Por ser clandestino atrae a más público. A la gente en general le agrada lo clandestino, lo oscuro, lo peligroso, siempre que tenga unas normas de seguridad, claro.

—¿Y qué normas de seguridad tiene el Eros?

—No pueden robarte dentro del local. Hay una serie de matones especializados en evitar que los rateros molesten a los clientes. Al mismo tiempo, no se puede hacer ninguna fotografía dentro del local.

—Comprendo. Si permitieran hacer fotografías, más de un

importante personaje se vería luego chantajeado.

—Exacto. Aquí dentro, los que vienen se sienten seguros porque al mismo tiempo utilizan antifaces a excepción de las chicas que con su belleza cuidan de que el ambiente del Eros esté siempre caldeado.

Sherray llamó a una puerta oscura, sucia, pero recia. Aguardaron y al poco la hoja se abrió ante ellos.

—¿Qué buscan? —les preguntó un sujeto vestido con aparente descuido.

—Soy amigo de Aktrospoulos, para nosotros Aktros.

—Entren.

Pasaron a un vestíbulo semi oscuro donde había dos hombres más, bien vestidos y con aire de *bouncer*.

—Si traen armas, algún emisor portátil o máquinas de fotografiar, les ruego lo depositen aquí a la entrada. Cuando salgan les será devuelto todo sin problemas, sea lo que fuere.

—Conozco las normas de la casa —asintió Sherray entregando su pistola.

—Bien, pónganse tras esa pantalla.

La pantalla era grande y cupieron los dos tras ella.

—Me siento incómodo mientras me revisan el esqueleto.

—Son normas rigurosas del club. Se pasa por esta especie de aduana o no se entra en el Eros.

—Entrégueme su mechero, por favor —pidió el empleado bajo la mirada vigilante de los dos matones.

—Ah, sí, me había olvidado.

Sherray dio su mechero y aquel sujeto lo observó con atención. Miró al americano sonriente.

—Es un mechero muy especial. Ahora, el bolso de mano de la señorita.

—No llevo nada interesante en él —objetó Vivían.

—Hemos de comprobarlo. Es norma de la casa no lamentar los errores que pueden evitarse.

El tipo de la entrada dio su visto bueno al bolso de la joven y puso la pistola de Sherray y su mechero dentro de un cajoncito numerado, entregándole a cambio una pequeña placa de plástico con el mismo número.

—Al salir se les devolverá todo. Ahora, tomen.

Les entregó dos antifaces lo suficientemente grandes para cubrir gran parte del rostro. Más austero para él y el femenino muy brillante, bordado con pequeñas lentejuelas plateadas.

—¿Podemos pasar ya? —preguntó ella.

—Sí, cuando gusten.

Una nueva puerta se abrió para ellos dando paso al club.

El local era muy grande, con más de siete salas muy lujosas y cada una de ellas decorada en un estilo distinto. También tenía dos jardines al aire libre.

La luminotecnia era toda ella en colores y muy espectacular.

Las mesas de juego tenían cañones de luz que iluminaban exóticamente las ruletas y el tapiz con las numeraciones para las apuestas. Los rostros de los jugadores quedaban medio ocultos por la penumbra.

Vivían vio pasar junto a Sherray a varias muchachas muy insinuantes que llegaron a acariciarle las mejillas. Incluso, una de ellas lo retuvo para besarlo, a lo que él no se negó sino que accedió divertido.

—¿Vas a complacerlas a todas?

—Es norma de la casa —objetó él.

—Seguro que todo va incluido en la consumición —puntualizó algo enfurruñada.

Aquellas chicas que paseaban sus bellas anatomías se ataviaban con gasas transparentes, utilizando apenas irnos centímetros de ropa rosada, roja o de otros colores o modo de algo que ya nada tenía que ver con un biquini.

—Esto es un paraíso para los sinvergüenzas —opinó Vivian.

—Sí, para sinvergüenzas con dinero. Detrás de esos antifaces podrías reconocer rostros populares en todo el mundo, tanto de la aristocracia como de la política o el mundo de las finanzas.

—¿Y todo el club es lo que estamos viendo?

—Oh, no, abajo hay una sala especial de arte y ensayo.

—Muy cultural.

—Si no quieres sonrojar tus mejillas, mejor no bajamos. Es muy arte y ensayo.

—Y arriba, ¿subiendo por aquella escalera? —preguntó ella señalando una escalera marmórea que ascendía a alguna parte protegida por la escasez de luz, pues sólo pequeños focos de color

rojo iluminaban suficientemente los peldaños para no caerse.

—A lo que hay arriba, en francés les llaman *chambres*.

—Comprendo —asintió Vivian con cara de circunstancias.

Miró en derredor, escrutando curiosa aquel mundo de libertinaje donde corría el dinero en forma de fichas rojas, azules, verdes o amarillas y donde una copa de champaña podía costar trescientos escudos.

—Tras el jardín grande está el *music-hall. Actúan estrellas internacionales y los que lo desean hasta pueden bailar en la pequeña pista.*

—¿Al estilo bolero o *hippie*?

—Como se quiera, aquí nadie pregunta nada ni nadie molesta a nadie.

—Ya, norma de la casa. Y para las mujeres que pierden a su pareja tras las gasas de esas mariposas que deambulan de un lado a otro, ¿qué hay, aburrimiento?

—No, hay pareja más joven. El Eros lo prevé todo. El cliente sólo pone el dinero y su deseo de pasarlo bien.

—¿Hasta drogas se toman aquí?

—No me extrañaría. El inspector Coeiro ha tratado de demostrarlo más de una vez, pero no lo ha conseguido. Oficialmente, aquí no se ingieren alucinógenos ni enervantes, aunque se sospecha que no faltan como en cualquier club de cualquier parte del globo.

—¿Y qué vamos a hacer aquí, aparte de ver a esos hipócritas que llevan antifaces como nosotros?

—Sígueme. Hemos venido a buscar información y no a divertirnos, por supuesto. Somos agentes de la Interpol y no vividores libertinos.

—No va más —advirtió el *croupier de una de las ruletas.*

Había mesas junto a las paredes, con hombres y mujeres sentados ante espumosas bebidas.

Junto a un espeso cortinaje rojo, sentados ante una mesa, había dos tipos bien trajeados con aire de gorila y aspecto aburrido, pero al ver acercarse a la pareja estiraron sus espinas dorsales.

Uno de ellos preguntó en portugués:

—¿Adónde van?

—Busco a Aktros, soy amigo suyo —respondió el americano.

—¿Cómo se llama?
—Sherray.
—¿Y ella? —preguntó el otro.
—No te importa, matón.
Aquel tipo se encrespó por las palabras del yanqui, pero su compañero le contuvo y al mismo tiempo dijo a Sherray:
—No queremos buscabullas.
—Sí, ya sé, son normas de la casa, pero como no le digan a Aktros inmediatamente que deseo verlo, hago venir al inspector Coeiro. Aunque sé que aparentemente lo tienen todo en regla, el inspector busca cualquier pretexto, por fútil que sea, para clausurar el Eros.
—Que pase —dijo una voz que Vivian no supo de dónde procedía.
—Bien, veo que el jefe ya estaba escuchando.
Aktros había escuchado a través de un aparato que llevaba acoplado un circuito cerrado de televisión con el que controlaba todo su club.
Uno de los gorilas apartó el cortinaje y tras él apareció una puerta tapizada en cuero. Sin embargo, Sherray sabía que tras el cuero había acero capaz para contener un obús.
Aktros resultó un griego obeso, zambo y totalmente carente de cabello en su cráneo y Vivian pensó que también en sus cejas y pestañas, pues escondía totalmente sus ojos tras unas gafas de gran montura y cristales oscuros.
—Hola, Sherray. ¡Cuánto tiempo sin vernos!
—Hola, Aktros. Veo que tu negocio marcha bien como siempre.
—Lo mimo, muchacho, lo mimo. ¿Quién es ella, por qué no me la presentas? Parece toda una belleza.
—Quítatela de la cabeza Aktros, no sirve para caldear tu club. Ella es británica, agente de la Interpol.
—Vaya, vaya, de modo que esto es una visita oficial de la policía internacional. Una pareja espléndida y sin embargo llevan sus placas de miembros de la Interpol. ¿Qué desean del pobre Aktros? Supongo que no me estarán buscando a mí, ¿verdad? Hace tiempo que me instalé en Estoril y vivo sin muchas pretensiones pero bien.
—Espero que un día u otro Coeiro te cierre el club.
—¿Y por qué si no hago nada malo? Hay gente que quiere gastar

su dinero divirtiéndose y yo les ayudo a vaciar los bolsillos, pero no hay nada ilegal. Contrato a los cantantes más famosos del mundo entero, compro películas, distribuyo el mejor champaña francés y español, hay ruletas como está permitido en Estoril, Figueira da Foz y otros lugares de Portugal y hay chicas para divertirse como en cualquier parte del mundo, ni más ni menos.

—¿Drogas?

—Calma, Sherray, con drogas no toco nada. Tú sabes que no me gustan los líos. Si alguno de mis clientes está dopado es que se ha traído su enervante en la pitillera o si es mujer, en la polvera. Yo no quiero líos, siempre se lo digo a Coeiro. De drogas nada, de robos nada, de estafas mafia, de inmoralidad nada.

—¿Inmoralidad nada? —repitió Vivian con irónico asombro.

—Si lo dice por la sala de proyección, son filmes de arte y ensayo comprados en Francia, Inglaterra, Alemania, etc. No están al alcance de menores, simplemente —respondió con cinismo.

—Bien, Aktros, no hagas ningún acto de contrición ni nos digas que eres un santo, porque no vamos a creerte.

—Pero, a algo habrán venido, ¿no?

—Aktros, sabes bien que estás fichado por la Interpol.

—Oh, sí, cumplí mis condenas, pero eso fue en tiempos pasados. ¿Para qué venir a ventilar trapos sucios a cada instante?

—No vamos tras de ti. Sólo queremos tu colaboración.

—Antes de preguntar sobre qué, ¿puedo preguntar una cosa?

—Naturalmente.

—Si me niego a colaborar, ¿qué sucederá? No soy ningún soplón.

—Te haremos la vida imposible, Aktros y tú sabes que podemos hacerlo. En un par de casos supiste escabullirte de la justicia como las anguilas de las redes, pero esos casos podrían abrirse de nuevo.

—Nada conseguirían, soy inocente —advirtió Aktros algo nervioso pese a querer disimularlo.

—Es cierto, tú te escabullirías de nuevo, pero hasta que todo se aclarase pasarían unos meses y tu club sería cerrado con gran satisfacción del inspector Coeiro.

—¡No podéis hacerme esa jugarreta!

—Calma, Aktros, no queremos hacerte ninguna jugarreta, sólo charlar contigo. ¿Nos sirves un poco de champaña, invitando la

casa, claro?

—Con los polizontes siempre hay que dejarse humillar y encima tomáis gratis aunque, la verdad, creí que estabais de servicio y de servicio no se bebe.

—Estamos de visita amigable. Ah, y quiero ver cómo abres la botella porque si pones algo dentro para atontarnos, del puñetazo que te doy en el hígado te limpio las cuerdas vocales con él. —Miró a Vivían y dijo—: Toma asiento. Aktros es un buen anfitrión, sólo hay que ser recíprocos con él.

Aktros resopló.

Sacó una botella de champaña helado de una estantería que al mismo tiempo era frigorífico. Puso tres copas sobre la mesita y descorchó la botella cuando Sherray dio al mando del televisor.

Apareció una pareja en un rincón, abrazados y besándose. Aktros carraspeó.

Por su parte, Vivían arguyó:

—Creo que como muestra basta. Se debe divertir usted mucho con este aparato.

—No lo tengo porque sea un retorcido sexual, simplemente controlo el club con mi propia red de televisión. No hago daño alguno y vigilo para que nadie intente robar o sacar fotografías, lo que arruinaría mi local. Aquí, el cliente se siente como en su propia casa. Nadie sabe quién es el vecino y no pregunta el nombre de la muchacha que estrecha entre sus brazos. Lógicamente, ella tampoco pregunta nada. Complace y basta.

—Aktros, sobre esto quería hablarte. Entre ellos no se conocen, pero tú sabes bien quiénes están en tu club, lo que gastan y cuáles son sus vicios más significativos.

—Pero no hago chantaje a nadie —se apresuró a decir.

—Lo sé, Aktros, porque si hicieras chantaje, no te digo que se te cayera el pelo porque careces de él, pero ibas a pasarlo muy mal con un uniforme rayado en una celda mohosa y llena de humedad. Sé que el reuma es tu debilidad y yo me encargaría de que te dieran la celda más adecuada para ti. No es que me moleste que los tipos que están al otro lado de la puerta salgan molestados por venir aquí, simplemente que…

—¿Te caigo gordo?

—Gordo, gordo no, pero bastante pesado sí. Ahora, charlaremos

amigablemente.

Vivían estaba sorprendida por el curso que tomaba el diálogo. Con anterioridad, no había visto forma igual de interrogar.

Albert M. Sherray tenía desparpajo y sabía cómo tratar a los grandes hampones como Aktros.

—Queremos saber algo de tus clientes.

—¿Cómo qué? —Inquirid previniéndose.

Vivían fue la que interrogó, para no quedar demasiado al margen:

—Quiénes son los que últimamente han venido con dinero abundante.

Aktros sonrió.

—Al Eros viene mucha gente nueva. Pasan unos días por aquí, quizá todas unas vacaciones y luego desaparecen. No sé si es que se han arruinado o que se les han terminado las vacaciones. A veces hablan con un idioma tan raro que no sé ni de dónde proceden.

Tratando de ajustar el interrogatorio, Sherray preguntó:

—¿Qué sabes de un tal Hanker?

—¿Hanker? —Hizo como si tratara de recordar y luego hablé—: Tiene una fábrica de conservas marinas en Almada, ¿no es eso?

—Sí, pero ¿qué gasta?

—Ha venido algunas veces por aquí, pero ese tipo no es imbécil.

—De modo que gasta poco —observé Sherray.

—Sí. Yo diría que es un colega, pero de más altos vuelos que yo y no se llama Hanker, por supuesto.

—¿Sabes su nombre verdadero? —preguntó Sherray interesado.

—Aquí se oyen muchas cosas, pero son oficiosas. Por irnos billetes vienen a este mismo despacho tipos que quieren explicarme esto y aquello. Yo soy generoso y ellos se marchan contentos.

—Al grano, Aktros. ¿Cuál es el verdadero nombre de Hanker?

—No es definitivo, pero alguien que dice haberlo visto una vez en El Cairo asegura que su nombre de pila es el mismo, Paul.

—No juegues con las palabras, Aktros.

—Está bien, está bien —suspiré sonriendo—. Creo que me dijeron que se llamaba Slatery y como el apellido no me recordaba nada, lo olvidé. No me parece un tipo interesante. Aparte de venir por aquí, lleva una vida comedida. Creo que nunca ha tenido pleitos con la policía y tiene todos los papeles en regla.

—¿En regla? Falsificados, querrá decir —objetó Vivían.

—Su colega, el astuto Sherray, le dirá que documentaciones falsas hay casi tantas como buenas, me refiero naturalmente a los que viven en países de donde no son oriundos.

—¿Slatery? Bien, ya tenemos un dato más.

—¿Qué ha hecho ese sujeto, Sherray?

—No te interesa, Aktros.

—Bueno, de todos modos ya me parecía a mí que ese individuo acabaría en la «trona».

—Todavía no está arrestado —advirtió Vivian.

—Aún no, pero si no liquidan antes al héroe que la acompaña tenga por seguro que ese Hanker o Slatery, como quieran llamarle, acabará entre rejas.

—No me gusta que me subestimen, pero tampoco que me sobreestimen, Aktros.

—Por cierto, tengo una noticia interesante para ti o para Coeiro, da lo mismo.

—¿De qué noticia se trata?

—Hay un tipo que antes no podía venir por aquí, pero que ahora gusta del juego, la bebida y las chicas del Eros. Por supuesto, ni una sola palabra de que el informante soy yo. Perjudicaría a mi club. No soy un chantajista, ya lo sabes, sólo me agrada cooperar con la policía.

—¿Quién es ese sujeto? —preguntó Sherray intuyendo que iba a obtener una buena noticia.

—Un policía y cuando un policía aquí en Lisboa, Nueva York, Londres o Pekín gasta mucho, es que algo sucio se trae entre manos y si algo me cae mal es un policía que se deje sobornar o se meta en asuntos sucios gracias a la protección que tiene por ser agente.

—Su nombre —exigió Sherray.

—Si me dan su palabra de honor de que no van a revelar la fuente de información, lo diré, claro que lo que les cuente sólo serán simples sospechas; jamás iría a un tribunal a declararlo.

—Lo sé, Aktros, lo sé, pero escupe ese nombre de una condenada vez.

—Veslao.

—Bien Aktros, has hecho un favor al cuerpo de la Interpol —dijo Sherray tras cambiar una mirada de inteligencia con Vivian, pues

ambos habían recordado inmediatamente quién era Veslao.

—Parece que les ha caído bien el nombre. Estoy empezando a intuir que el tal Veslao tiene algo que ver con ese Slatery.

—Olvídate de tus suposiciones, Aktros, o te verás metido en un lío muy feo.

—Un lío en el que ande husmeando Sherray, no me interesa.

—Gracias por el champaña, Aktros.

Abandonaron el despacho del griego y cruzaron todo el Eros hasta llegar a la salida.

Vivian volvió a mirar de reojo a aquellas chicas de onduladas formas, senos altos, miradas descaradas y bocas sensuales que apenas se cubrían con unas gasas y paseaban de un lado a otro en busca de caza.

También observó a Sherray de soslayo y le agradó que él no les concediera importancia.

A la salida, devolvieron los antifaces y a su vez les entregaron la pistola y el encendedor.

—¿Qué te ha parecido?

—Un club nada recomendable.

—Me refería a Veslao.

—Ah, sí, Veslao. Es decepcionante. ¿Qué dirá el inspector Coeiro?

—Deberemos ir con cuidado para que la presa no alce el vuelo.

Al doblar la esquina, desde lejos, vieron cómo en el *parking* un joven estaba saltando al interior del «Mercedes» deportivo.

—¡Mira, Albert, nos roban el auto!

—Sí, un raterillo de coches. A ver si lo atrapamos.

Sherray se apartó de la muchacha para correr hacia el auto donde el muchacho estaba tratando de poner el motor en marcha.

Albert cruzó la calzada y gritó:

—¡Eh, quieto, sal del auto!

El ladrón, un joven que apenas contaría veinte años, giró una ganzúa que actuó como llave de contacto. Entonces ocurrió algo desagradable.

Una fortísima explosión lanzó a Sherray contra el suelo. Luego, una gran llamarada cubrió el convertible como una gran pira que pudo verse desde todo Estoril debido a la gran altura alcanzada por la llama inicial.

Inmediatamente, la gente salió a la calle abandonando los casinos y las ventanas de los hoteles se abrieron.

—¡Albert! —gritó Vivían corriendo junto al hombre.

Cuando Sherray se puso en pie, ya nada podía hacerse por el desgraciado que había quedado apresado dentro de los hierros del automóvil destrozado a causa de la explosión. El muchacho estaba carbonizado y seguía envuelto en llamas.

—Vivían, me da pena el fin de ese raterillo de automóviles.

—Dios mío, ¿cómo ha podido ocurrir algo tan desastroso? —se lamentó Vivían compungida.

—Habían colocado una bomba dentro del «Mercedes» y al dar el contacto ha volado por los aires.

—¿Una bomba?

—Sí, una bomba destinada para nosotros. El destino ha querido que otro muriera en nuestro lugar.

CAPÍTULO VIII

Paul Slatery introdujo la llave en la cerradura de su apartamento. Se franqueó la entrada y pasó al interior del mismo tras encender la luz.

Se llevó una sorpresa al descubrir a un hombre sentado en una de las butacas del *living*. Instintivamente, buscó su pistola en la axila.

—Cuidado, hermano, no vayas a cometer una tontería.

Paul Slatery parpadeó perplejo.

—¿Martin?

—¿No me reconoces? —rió el atlético Martin.

—Diablos, has cambiado una barbaridad —exclamó acercándosele.

—Lo suficiente para no ser reconocido al primer golpe de vista. Si tú no me has reconocido siendo mi hermano, el tipo ese, Sherray, hablaría conmigo todo un día y no sabría quién soy.

—No comprendo cómo han podido operarte tan pronto.

—Es que no me han intervenido quirúrgicamente.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Llevo una peluca encima de mi cabello natural, un bigote postizo y unos pegotes encima de la nariz que me la han cambiado totalmente. Todo maquillaje.

—¿Y por qué? ¿No quedamos en que te harías la cirugía estética para que nadie pudiera reconocerte en el futuro?

—Cambié de opinión, es decir, el tratamiento drástico lo he pospuesto.

—¿Hasta cuándo?

—Vendado y en la cama de una clínica me hubiera sentido como atrapado. En cualquier instante podía presentarse la Interpol y esposarme las manos.

—Bien, por el momento sirve lo que has hecho, luego ya tendrás

tiempo de intervenirte quirúrgicamente. La verdad es que me haces falta ahora.

—¿Sherray?

—Sí.

—Un tipo decidido —observó Martin.

Paul asintió con la cabeza.

—Creo que desde el principio lo he subestimado un poco.

—Es escurridizo como una anguila. Cuando crees tenerlo apresado, resbala por entre las manos.

—Mis hombres ya han hecho tres intentos para enviarlo al infierno, es decir, la última vez fui yo mismo quien trató de liquidarlo.

—Sí, ya he leído los periódicos de hoy. Automóvil «Mercedes-Benz» deportivo rentado por una súbdita inglesa estalla a causa de una bomba y muere el ratero que pretendía robarlo, etc., etc.

—El condenado Sherray iba a subir al automóvil, yo lo estaba viendo, pero el ladrón de coches se adelantó.

—A los tipos como Sherray, hasta la suerte les ayuda.

—El recibimiento en el aeropuerto no podía fallar, sin embargo escapó y murió uno de mis hombres —se lamentó Paul—. Luego, cuantío se presentó aquí, le vaciamos el líquido de los frenos, pero no sé cómo salió del atolladero. Por último, la bomba en el coche que ha sido un fracaso.

—Creo que es imprescindible enviarlo al infierno cuanto antes.

—Soy de la misma opinión.

—Él y su acompañante la chica inglesa son peligrosos. Si ellos caen, todo volverá a la normalidad.

—Queda el receloso inspector Coeiro.

—Sí, pero Veslao se encargará de ir destruyendo pruebas a medida que Coeiro las vaya descubriendo. Ya has visto que ese Veslao ha hecho un buen trabajo dándonos toda clase de información, advirtiéndonos de que tu teléfono está intervenido y robando el equipaje de Sherray con las malditas latas dentro, porque si esas latas pasan al laboratorio policíaco portugués, les sería muy fácil demostrar que fueron enlatadas en tu fábrica, hermano.

—Sí, eso es cierto, Veslao ha hecho un trabajo productivo y le pago bien por ello, pero hemos de terminar con Sherray y la chica.

Después permaneceremos un poco más de tiempo aquí para no despertar sospechas y cerraré la fábrica.

—Es lo mejor. Luego, buscaremos otro lugar más tranquilo.

—Sí, otro país donde poder instalarnos y empezar de nuevo.

—El *Mozambique* fue una idea excelente por tu parte. Podemos trasladarnos a cualquier país del mundo sin peligro de que descubran nuestro laboratorio de transformación del opio en heroína.

—Sí. Nuestros laboratorios se desplazan de un lugar a otro. Cargan el opio en el mar Amarillo y mientras van pescando en ruta y vienen hacia acá con las bodegas repletas de pescado congelado para luego enlatarlo, funcionan los laboratorios. Durante el viaje se ha realizado todo el proceso de la purificación de los narcóticos. Luego, lo enlatamos aquí y ya va hacia los Estados Unidos; lo malo es que nos descubrieron.

—La próxima vez no tendremos tan mala suerte. Enviaremos los embarques a otros puertos de la costa Este y con un camuflaje distinto. Mientras el *Mozambique* no sea controlado, todo irá bien.

—En aguas internacionales nadie puede controlar un vulgar pesquero de los que hay a millares navegando por todos los mares de la Tierra. Muchos de ellos son barcos espías de las grandes potencias y a nadie le interesa registrarlos a menos que atraque en un puerto como esta misma noche hará el *Mozambique*.

—¿Llega esta noche?

—Sí. Atracará en el muelle de la fábrica. Naturalmente, vendrán los policías de aduanas, pero el laboratorio queda enterrado debajo de una enorme montaña de peces congelados y nada podrán descubrir.

—Nos podríamos largar nosotros con él a otra parte. Quedaríamos libres de peligros.

—Es una buena idea hermano, pero Sherray sospecharía inmediatamente de mí y averiguaría en el acto qué barco ha atracado en la fábrica. Luego, comenzaría la caza por el mar con aviones y helicópteros. No tendríamos escapatoria.

—Comprendo. Para escapar de esta ratonera en que se ha convertido Lisboa hay que eliminar primero a Sherray y a su acompañante.

—Exacto. Luego, ya nos podremos largar y pagando a Veslao él

se encargará de borrar todas las huellas para sus compatriotas.
—Sí, es lo que tenemos que hacer. Eliminar a Sherray y a la inglesita y volatilizarnos de Lisboa. Dentro de unos días, Coeiro se mesará los cabellos perplejo sin saber qué hacer.
—Liquidar a Sherray es una tarea difícil. Es un hombre entrenado para las situaciones peligrosas.
—Pero no es inmortal.
—Claro que no, Martin, pero repito que es difícil. Hay que hacerlo pronto, muy pronto, antes de que tenga tiempo de contar sus sospechas al inspector Coeiro.
—¿No lo habrá hecho todavía?
—No. Conozco a los tipos como Sherray. Son arriesgados, pero cautelosos a la vez. Si no tienen pruebas, no acusan de nada. Prefieren guardar sus cartas hasta el final, no desean resbalar y se aseguran antes de confiar en otros. Creo que aún estamos a tiempo.
—Eso espero.
—Martin, reconozco que no he sido un lince en cuanto a la eliminación de tipos molestos se refiere. Yo hago otra clase de trabajos. Organizar, tantear el mercado para la compra del opio y venta posterior de la heroína, pero tú sí eres un especialista en homicidios.
—Comprendo. Quieres que me encargue personalmente de Sherray.
—Sí, se que tú no puedes fallar. Con tu nuevo rostro, él no podrá reconocerte y estará en desventaja con respecto a ti.
Martin Slatery sonrió suficiente.
—No temas, conozco mi trabajo.
—Es preciso que sus cuerpos no sean encontrados. No quiero que se hable de asesinato de dos agentes de la Interpol, ¿comprendido?
—Muy bien. Quieres que desaparezcan sin dejar rastro.
—Exacto. Luego ya nos encargaríamos de enviar una carta a Coeiro desde Londres diciéndole que esté tranquilo, que siguen otra pista. Luego, ya no habrían más noticias y creerían que la desaparición ha sido en Londres y no en Lisboa.
—Los haré desaparecer. Dices que el *Mozambique* llega hoy…
—Sí, esta noche.
—Perfecto. Para pescar un pez grande hay que poner un cebo

apropiado en el anzuelo.

—¿Y qué cebo piensas colocar?

Martin volvió a sonreír suficiente.

—¿Qué te parece una chica rubia y atractiva nacida en Inglaterra?

Paul sacó una botella de *whisky* y dos vasos que se apresuró a llenar mientras reía abiertamente.

—Eres un genio, hermano. Siempre das en el clavo. La chica es más fácil de dominar en principio y luego, con ella, atraerás al pez grande a una ratonera en solitario. Brindemos por tu éxito.

El inspector Coeiro miró a Sherray gravemente.

—¿Y Vivian Warner?

—Durmiendo en el hotel. Sin que se diera cuenta le administré un tranquilizante que la hará dormir durante unas cuantas horas. La muerte del ladrón de coches la afectó.

—Un agente de la Interpol debe poseer sangre fría y no afectarse por nada.

—No se puede pedir a todo el mundo esa sangre fría, Coeiro —replicó Sherray—. Ella es mujer y al enterarse de que el muchacho tenía dieciocho años y que murió en nuestro lugar, no es que se pusiera histérica ni mucho menos, pero la afectó y sé que necesitaba un descanso.

El inspector suspiró.

—Yo también lamento la muerte de ese ladrón de automóviles. No es que tenga lástima de un delincuente, pero el robo de un coche no merece una pena tan dura, claro que todo el que se pone al margen de la ley se busca un destino trágico.

—Tengo deseos de atrapar al tipo que colocó la bomba.

—Nosotros, la policía portuguesa, aparte de la Interpol, también ansiamos atrapar a ese asesino. Ahora ya sabemos que usted lleva una pista buena, de lo contrario no tendrían tanto interés en eliminarlo. Le pondré una protección policíaca.

—No, Coeiro, eso me cortaría movimiento y alertaría a los traficantes de narcóticos. Por cierto, acabo de pasar por telégrafos y he recibido un cable de la policía norteamericana.

—¿Algo interesante?

—Sí, volverán a enviar unas latas por correo certificado a

nombre de usted y a este edificio de la central de seguridad portuguesa.

—Magnífico. Así no se perderá como ocurrió con su equipaje.

—No se perdió, Coeiro, lo hurtaron.

—Sí, yo también opino lo mismo. Esos tipos reciben buena información, tienen excelentes enlaces para adelantársenos.

—Tienen un enlace perfecto, Coeiro.

—¿Qué insinúa?

—Que tienen un contacto dentro de este mismo edificio.

El inspector agarrotó sus músculos, irguiendo su cuerpo.

—¿Soborno?

—Por desgracia, sí.

—¿Entre mis propios hombres?

—No sienta lastimado su orgullo, Coeiro. A esa clase de sobornos estamos más que acostumbrados en nuestro país y no hay policía en el mundo que escape a esa lacra. Un agente no es una máquina sino un ser humano que ambiciona y desea como otro. Es muy malo que les tapen los ojos con dinero.

—Por desgracia, es cierto lo que dice, Sherray. En todas las policías, como *en* los propios apóstoles elegidos por Jesucristo, existe el traidor —admitió con pesadumbre.

Sherray lamentó el disgusto de aquel hombre, pero era su deber alertarle.

—Dígame el nombre de ese Judas si es que ya le ha averiguado, Sherray.

—Sospecho.

—¿Su nombre? —insistió.

—Lo lamento Coeiro, pero no le descubriré su identidad hasta que mis sospechas se conviertan en realidades, hasta que tenga pruebas. No me gustan los errores y los patinazos.

—Por lo menos, una idea de quién puede ser.

—No, déjeme ese trabajo. En un caso semejante, usted se vería condicionado por sus nervios. Lo mismo que un cirujano jamás desea intervenir a su hijo, usted debe aguardar a que yo desenmascare al traidor con pruebas. Además, yo trataré a ese tipo con una dureza que quizá a usted no le estaría permitida y que posteriormente podría interpretarse como un deseo de venganza.

—Haga su trabajo, Sherray, emplee su tercer grado. No quiero

saber nada. Si me lo entrega tumefacto, pero con pruebas rotundas de que es un traidor al cuerpo en el que ha jurado lealtad, no le preguntaré a nadie cómo se ha roto los huesos. Un Judas es lo que más desprecio en este mundo. Le entregas tu confianza y él te apuñala por la espalda.

—De acuerdo, acepto esa carta blanca si los informes que he recibido se confirman. El sobornado va a escupir todo lo que sabe y nos ayudará a capturar a los traficantes de narcóticos.

—Eso espero. Este asunto se está convirtiendo es una pesadilla para mí. ¿Por qué diablos elegirían Portugal para instalarse?

—Porque es un país tranquilo.

—Sí, esos miserables saben elegir los lugares donde la represión policial es menos fuerte a causa de bajo nivel de delincuencia, pero cuando les atrapemos se darán cuenta de que Lisboa no es un lugar sano para ellos.

—Por supuesto, Coeiro, esos tipos pronto caerá, en las redes de la Interpol. Ya tenemos sospechosos, sólo hay que probar que son culpables. Encontrar el laboratorio y la droga en su poder.

—¿Hanker?

—Sí.

—¿Quiere que mande un registro oficial a la fábrica?

—No, eso los espantaría y emprenderían el vuelo. El pseudo Hanker es un hombre seguro de sí y no creo que en su fábrica halláramos nada que pudiera delatarlo, ya que él mismo tuvo la audacia de mostrárnoslas a Vivían y a mí.

—¿Por qué dice pseudo Hanker?

—Ayer fui a la telefónica y envié varíes fotografías a los Estados Unidos vía satélite. Hoy he recibido la confirmación por cable.

—¿Fotografías, qué clase de fotografías?

—Las huellas dactilares del supuesto Hanker.

—¿Cómo las obtuvo?

—De una lata de sardinas que me dio él mismo. Las envié a los Estados Unidos con un par de fotografías suyas.

—¿Y el resultado?

—Recibí un informe de que se llamaba Slatery y ha resultado cierto comprobándolo en los Estados Uní, dos, pero no está fichado por la Interpol.

—Sherray, sabe que en todo este asunto podíamos haberle

ayudado, sin embargo no le censuro. Comprendo que al sospechar que había un traidor entre nosotros no se fiara y utilizara sus propios medios.

—Sabía que no lo tomaría a mal, Coeiro. Si mis pesquisas eran intervenidas por ese Judas no sacaríamos nada en limpio.

—Sí, es verdad —admitió con pesadumbre—. Pero, hablemos de Hanker que es quien interesa más ahora. Después de todo, él es el culpable de que uno de mis hombres haya sido sobornado.

—Paul Hanker se llama realmente Paul Slatery, cuarenta y ocho años, nacido en una pequeña localidad de Tennessee. Se le suponen multitud de delitos, pero sólo pudo ser arrestado, fichado y condenado por venta de narcóticos en San Francisco. Cumplió dos años de condena sobre los cuatro que se le habían impuesto, ya que salió antes por buena conducta y con libertad provisional. Al parecer se portó bien. Luego, no se ha vuelto a saber nada de él.

—Un tipo astuto que sabe perder y portarse bien cuando le conviene.

—Exacto. Nos las tenemos que ver con un auténtico coyote.

—Realmente ya está en nuestras manos. Podríamos detenerlo por documentación falsa, lo expulsaríamos de Portugal y en los Estados Unidos ustedes lo atraparían.

—Por la documentación falsa sólo le supondría una pequeña condena de cárcel. No, Coeiro, no es lo que deseamos todos para Slatery. Es un enemigo público internacional, Podemos detenerle con un cargo pequeño, es cierto, pero luego volvería a salir de la prisión y a hacer de las suyas. No, hay que atraparlo para siempre. En Estados Unidos hubo cuatro crímenes, dos de ellos policías. Aquí, tráfico de drogas y esta madrugada un muerto, aparte de soborno a la policía, etc., etc. Debemos ir con cautela para que cuando sea atrapado no logre escapar jamás. Sé que usted ansia desembarazarse de él cuanto antes, pero hay que capturarlo con las manos en la masa, como vulgarmente se dice. Me comprende, ¿verdad?

Coeiro suspiró asintiendo con la cabeza.

—Tiene razón, Sherray. Debo olvidar mis resentimientos particulares y esperar pacientemente. Si todo este asunto termina pronto y bien, mi Gobierno tendrá el placer de invitarle a unas buenas vacaciones en Estoril.

—Es posible que acepte la oferta, Coeiro.

Se levantó dando por terminada la entrevista y abandonó el despacho del inspector.

Ya en el corredor, con la puerta cerrada a su espalda, Albert M. Sherray sacó un cigarrillo lentamente, pensativo.

«Tengo una cita con Veslao», se dijo. «Esos policías traidores me cargan. Gracias a ellos, las ratas del hampa viven mejor».

CAPÍTULO IX

Vivían Warner se desperezó.

Se sentía totalmente descansada y con los nervios relajados. Abrió y cerró los ojos.

De súbito, en su mente apareció el cuerpo del ladrón de automóviles envuelto en llamas. Apretó los párpados con sentimiento, pero se repuso.

Saltó de la cama y pasó al cuarto de aseo. Allí, mojó su rostro y luego arrojó lejos de sí la corta camisa de dormir. Buscó la ropa íntima que se colocó delante del espejo y luego la combinación de seda.

Se maquilló ligeramente con un toque de polvos y acentuó las líneas de sus ojos.

Escuchó unos golpes en la puerta de la habitación que la extrañaron y sobresaltaron.

«¿Quién será?», se preguntó.

Eligió un vestido amarillo paja que dejó caer por encima de su cabeza, resbalando por su hermoso cuerpo.

La llamada insistió.

Vivían se apresuró a subir la cremallera, ajustándose la tela a su piel.

Al franquear la puerta vio a un hombre vestido con el uniforme de la Royal Air Force con graduación de capitán.

—¿Señorita Warner?

—Yo misma.

—Disculpe, pero en la Embajada británica recularen su presencia inmediatamente. Soy el capitán Wallace, agregado militar y me han pedido que pasara a buscarla.

—¿Me llaman de la Embajada? ¿Qué ocurre? —preguntó escrutando el rostro de su interlocutor que lucía bigote y una abultada nariz. No le simpatizó pese a su amplia sonrisa.

—Me agradaría explicarle algo, pero no sé nada leí asunto. Sólo me han pedido que la acompañe.

—Está bien, un momento.

Vivían se puso los zapatos y tomó su bolso de mano. Luego, acompañó al supuesto capitán británico que no era otro que el frío y cínico Martin Slatery.

En la calle les aguardaba un automóvil que Slatery se preocupó de conducir.

—Alguna idea tendrá sobre lo que quieren en la Embajada, ¿no?

—Bueno, el embajador no me ha dicho nada directamente, pero he oído algo sobre un automóvil que se despanzurró en Estoril. ¿Era suyo?

—*Ah*, ya comprendo. No era mío, sólo rentado.

—Creo que el embajador deseará saber algo sobre lo ocurrido.

—Me temo que va a serme difícil explicarle algo. Pensará que llamar a Sherray.

—¿El yanqui?

—¿Lo conoce?

—He oído hablar de él.

—¿Dónde?

—¿Y qué importa eso?

Vivian frunció el ceño. Su instinto la advirtió de un peligro inminente.

—Sí que importa. Por cierto, por aquí no se ve la Embajada británica.

—Es que no vamos a la Embajada británica.

—¿No? ¿Adónde, pues?

—Ya lo sabrás en cuanto llegues, paloma.

—Usted no es capitán. ¿Quién es usted?

—Un tipo al que Sherray le cae gordo.

Ella le escrutó con fijeza, ya alertada.

—Usted, usted se parece a…

—¿A quién, encanto?

—A Slatery.

—¿Slatery, quién es ese fulano?

—Usted lo sabe bien. Se hace llamar Hanker.

—Vaya, con que ya han identificado a mi hermano. Ya sabía que Sherray era peligroso, pero tú vas a ser un buen cebo para cazarlo.

—Pare el coche.

—Ni lo sueñes.

—¡Gritaré!

—Grita cuánto gustes —dijo él indiferente rodando por el puente de Portazgo en dirección a Almada.

Sacó una especie de pluma estilográfica y sin soltar el volante, con la mano izquierda, hundió la punta de la pluma en el muslo de la mujer atravesando la ropa.

—¡Ay! —gritó ella al sentir el agudo pinchazo.

—Esto es como una inyección. Dentro de unos segundos estarás más calmada y no darás guerra.

Vivían quiso aprovechar los escasos instantes de lucidez que le quedaban para abrir la puerta y dejarse caer en marcha para lo cual estaba entrenada, pero Martin Slatery la sujetó fuertemente por el brazo impidiéndole marchar.

Un fuerte sopor la invadid y las imágenes del puente que se divisaban a través del parabrisas comenzaron a bailar ante sus ojos. Luego, la oscuridad y un molesto zumbido.

El automóvil continuó rodando veloz hacia una oscura fábrica de enlatados marinos llamada Lusitania.

Albert M. Sherray penetró en el sótano donde estaban colocados el magnetófono y un complicado sistema electrónico que intervenía la línea telefónica de la fábrica Lusitania.

Con unos auriculares colocados, estaba un especialista de la policía portuguesa y junto a él, fumando indolentemente un cigarrillo, Veslao.

Sudaba como siempre, ocultando sus ojillos de roedor tras las gafas oscuras y redondas.

—Hola, Sherray, bien venido a este pozo. Creo que hace más calor aquí que en ninguna otra parte.

Sherray asintió al tiempo que sacaba su paquete de cigarrillos y colocaba uno entre sus labios.

—Sí, creo que aquí hace mucho calor. Este sótano es húmedo y caluroso, parece una mazmorra.

—Estamos muy bajos de nivel. Si se asoma por el ventanuco podrá ver a lo lejos la torre de Belem. Una joya lusitana, ¿no es cierto?

—Sí lo es, aunque no he tenido tiempo de visitarla como sería

mi deseo.

—Cuando finalice el caso podrá hacerlo. Ah, en los Estados Unidos no tienen cosas semejantes. Allí todo es nuevo, pero carece de arte, de antigüedad. Sueno, ya me comprende.

—Claro que lo comprendo. Por cierto, traigo *un* recado del inspector Coeiro.

—¿Cuál?

—Que su ayudante tiene la tarde libre. Que se presente aquí a las nueve de la noche.

—¿Y por qué?

—Lo ignoro. El inspector tendrá sus razones.

—Como quiera.

Veslao pegó un silbido y el experto levantó la cabeza. Apartó los auriculares y preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Que tienes la tarde libre, hasta las nueve de la noche. Orden del inspector Coeiro.

—Magnífico, ya estaba harto de esperar pegado a estos auriculares sin que suceda nada.

Sherray aguardó a que el experto en audiofonía se alejara. Al quedar solos preguntó:

—¿Alguna novedad del tal Hanker?

Veslao se encogió de hombros.

—Ninguna. Parece que ése no es nuestro hombre.

Sherray se acercó a la puerta y la cerró con llave, guardándola en su bolsillo. Veslao arrugó el ceño.

—¿Por qué ha cerrado la puerta, teme que alguien Tenga a molestamos?

—Es posible. Deseo mantener una charla con usted.

—¿Sobre qué?

—Por ejemplo, podemos hablar del calor que aquí abajo.

—Un tema que me fastidia. Creo que como demasiadas grasas, engordo y luego sudo. Eso es todo.

—En el Eros no hace tanto calor; allá tienen aire climatizado.

Veslao acusó ligeramente el golpe tensando sus músculos.

—Alguna vez he estado en el Eros de control policial y es cierto; tienen un buen acondicionamiento de aire.

—¿Y no ha ido ninguna otra vez sin estar de servicio?

—¿Yo, está loco? No tengo el dinero que hace falta para divertirse allí, todo es caro, se gasta mucho.

—Pero existe la posibilidad de hacerse millonario apostando en la ruleta.

—Con unos pocos escudos, ni con la ruleta se hace uno millonario.

—Pero si se va con más dinero…

A través de las gafas, sin levantarse de su silla, Veslao escrutó al americano. Molesto inquirió:

—No estará insinuando algo, ¿verdad?

Una sonrisa helada apareció en los labios del estadounidense.

—No insinúo, afirmo. Para un saco de grasa como tú, Veslao —dijo ya tuteándole—, tener dinero fresco es una gran tentación. Una muchacha no se fija en ti por lo que puedas valer, pero con escudos, en el Eros hay chicas muy jóvenes dispuestas a complacerte pese a la honda repugnancia que puedas inspirarles. Luego, la ruleta, el arte y ensayo… Todo un placer que antes de dejarte sobornar no habías siquiera imaginado.

—¡No le consiento esas palabras aunque sea amigo del inspector Coeiro!

—Vamos, Veslao. ¿Quién sino advirtió a Hanker de mi llegada a Lisboa para que me prepararan la trampa? ¿Quién hurtó mi equipaje en el aeropuerto, quién ha avisado a Hanker para que no efectúe ninguna llamada telefónica porque ha sido intervenida su línea, quién le comunicó que pronto tendría visita y que debía ser amable?

—¡No acepto sus acusaciones, yanqui!

—No son acusaciones falsas, es la pura realidad. Ya he hablado con el inspector Coeiro al respecto. Te has dejado sobornar y serás juzgado como cómplice, pero puede que la pena sea menor si colaboras con la Interpol explicando cuánto sepas sobre Paul Slatery que aquí se hace llamar Paul Hanker.

Veslao se sintió atrapado. Palideció y rápidamente sacó su pistola de la axila, más un certero puntapié de Sherray le desarmó.

—¡Maldito, no me cogerán!

Veslao corrió hacia la salida, pero Sherray le arrojó una caja entre las piernas. Tropezó cayendo de bruces.

Sherray se lanzó contra él para sujetarle y por media pulgada no

quedó ensartado en la hoja de acero que acababa de desenfundar Veslao.

—Suelta el arma, será mejor que confieses.

—¡Antes te mato, maldito yanqui!

Veslao rugió tratando de hundir el acero en la carne de Sherray, pero en la lucha, su grasa le hizo fatigarse pronto. Sherray le desarmó nuevamente propinándole a continuación una serie de puñetazos que lo hicieron bailar de un lado a otro como si se tratara de un pelele.

Al fin, Veslao quedó encajado en la butaca, manándole sangre por la nariz y la boca. Las gafas le habían saltado.

—Bien Veslao, ahora que nadie nos oye ni ve te voy a enseñar cuál es el tercer grado. En América está prohibido oficialmente, pero con los tipos repugnantes como tú a veces lo empleo.

—¡Aguarde, aguarde!

—¿A qué, Veslao?

—Ha, dicho… —farfulló secándose la sangre de la boca con el dorso de la mano—, que si ayudo tendré atenuantes.

—Es cierto.

A Sherray, Veslao le repugnó aún más, pero no debía sorprenderse. Quien era capaz de traicionar un juramento de lealtad también lo era de traicionar al hombre que le había sobornado.

—Está bien, le diré lo que quiera saber. Fui un estúpido al creer que esto duraría.

—No lo dudes. Slatery está acorralado, sólo hay que atar todos los cabos para que caiga estrepitosamente.

—Pero yo no he intervenido en ningún homicidio, sólo he taponado sus cosas.

—Eso ya se lo contarás al juez. A mi háblame de Slatery, de su fábrica y de los narcóticos.

—No sé mucho. Ese hombre es muy cauteloso, no se fía de nadie.

—Para fiarse de ti hay que ser imbécil. Vamos, suelta lo que sepas.

Veslao sacó un pañuelo y enjugó su rostro de sangre y sudor. Luego, empezó a hablar.

CAPÍTULO X

Albert M. Sherray aparcó el automóvil que le facilitara el inspector Coeiro frente al hotel Avenida Palace.

Subió a la habitación de Vivían para ver cómo estaba. Era tarde ya, de un instante a otro comenzarían a encenderse las luces para, iluminar Lisboa en reto a la noche.

—Espero que haya dormido largo y tendido con las píldoras que le puse.

Abandonó el ascensor y llamó a la alcoba de la joven sin obtener contestación. Quedó preocupado.

—¿No estará? —se preguntó.

Decidió averiguarlo por sí mismo y sacando una pequeña ganzúa abrió la puerta de la *suite. Cerró tras de sí.*

Comprobó que no había ninguna señal extraña, todo estaba en orden, pero la cama deshecha.

—¿Adónde habrá ido?

Se disponía a abandonar la alcoba cuando sonó el teléfono del dormitorio.

Quedó vacilante, pero ante la insistencia de la llamada se aproximó al aparato descolgando el auricular.

—¿Diga?

—Es usted Sherray, ¿verdad? —le preguntó una voz con matiz irónico y claro acento americano.

—¿Quién es usted?

—Imaginé que acabaría pasando por la habitación de su amiga inglesita, Sherray.

Albert frunció el ceño. Comenzaba a intuir que nada bueno le había ocurrido a Vivían.

—¿Me equivoco si le llamo Slatery?

Al otro lado del hilo, la voz rió por lo bajo.

—Es usted listo, condenadamente listo, Sherray.

—Le advierto que si le sucede algo a Vivían…

—¿Qué? —inquirió desafiante.

—Va a pasarlo muy mal.

—Vamos Sherray, no sea niño. La chica está en mi poder, bien protegida y viva todavía. Patalea, por supuesto, pero no se va a soltar.

—¿Cuál es su propósito, Slatery?

—¿Qué le parece una cocción en marmita, un par de balazos en el pecho, una decapitación o simplemente atarle manos y pies, colgarle una cadena al cuello y dejarla caer al mar? Soy muy amante de los peces y siempre he creído que es una lástima que pasen hambre.

—Espero que no cometa ninguna de esas estupideces, Slatery.

—No, claro que no, si usted lo evita…

—¿Qué quiere de mí?

—Que salve a la inglesita.

—¿Cómo?

—Cuando cuelgue el teléfono, no va a llamar a nadie, le advierto que si lo hace me enteraré y la chica pagará por todos.

—Seguiré sus instrucciones.

—Mejor para todos. Bien, no hablará con nadie, saldrá del hotel y se dirigirá al *parking*. En vez de coger el auto que le ha prestado el inspector Coeiro, tomará un sedán verde y blanco.

—¿Y las llaves?

—La portezuela está abierta y dentro de la guantera hallará las llaves y una hoja con una dirección. No se desvíe de su ruta. Ahora, tiene exactamente veinte segundos para tomar el coche.

—¿Veinte segundos? Tendré que correr.

—En efecto. De este modo, no podrá entretenerse hablando con nadie ni explicar nada. Si a los veinte segundos después de colgar yo el teléfono usted no ha cogido el sedán y lo ha puesto en marcha, olvídese de la chica. Buena suerte, Sherray.

Albert M. Sherray sabía bien que aquellos hombres no conocían la piedad. Al asesinar, no les temblaba el pulso porque carecían de conciencia.

Escuchó el sonido característico del auricular al ser ahorquillado al otro lado del hilo. Sin pensarlo, corrió hacia la salida.

Halló el ascensor funcionando y utilizó las escaleras para bajar,

haciéndolo de tres en tres.

Los empleados del hotel lo vieron pasar por el vestíbulo como una exhalación, más no le dijeron nada; la conocían como cliente. En caso contrario habrían pensado que se trataba de un ladrón huyendo.

En el *parking* halló el sedán verde y blanco que le indicaran, con la portezuela abierta.

En la guantera estaba una nota y las llaves:

> «Diríjase a Lusitania. Tiene veinte minutos para llegar. Tendrá que pisar a fondo el acelerador porque le conviene llegar y usted sabe por qué. Buena suerte y que no se estrelle».

Lanzó una maldición por lo bajo e introdujo las llaves accionando el contacto. El motor brincó. Veinte minutos eran pocos para el recorrido que debía deslizar; no obstante, antes de lanzarse a una carrera loca, se aseguró de que los frenos estaban bien y de que la dirección respondía.

—Esta vez no quieren mandarme al infierno dentro de un carro —se dijo lanzando el sedán a gran velocidad por las calles de Lisboa.

Sabía que aquello era una encerrona, que utilizaban a Vivían como cebo para capturarlo y lógicamente eliminarle con posterioridad, posiblemente haciéndolo desaparecer para que Coeiro no hallara ni su cadáver.

No, se le ocultaba que la hermosa Vivían tampoco escaparía, que con su llegada no la salvaría sino que tratarían de liquidarlos a los dos juntos.

Era consciente de los peligros que corría, más se decía que mientras hubiera vida habría esperanza, que si no obedecía a Slatery asesinarían a Vivían Warner, mientras que si acudía a la cita siempre cabía la posibilidad de salir adelante.

Una vez el automóvil sobre el puente Portazgo, pisó a fondo el acelerador y lo cruzó como una centella.

En Almada había llegado la noche y las luces eléctricas iluminaban sus calles.

En la pequeña localidad al otro lado del Tajo hubo de disminuir la marcha, pero no tardó en detener el auto frente a la gran puerta

de acero pintada de azul de la fábrica de enlatados. El umbral estaba iluminado por una bombilla mortecina que despedía una claridad amarillenta.

La gran puerta se abrió ante él.

No vio a nadie, pero introdujo el auto en la fábrica, Por el espejo retrovisor vio cómo la doble hoja se cerraba a su espalda como una enorme trampa.

—Salga del coche, Sherray —ordenó la voz de Paul Slatery—, y hágalo con las manos en alto.

Sherray abrió la portezuela despacio, bajo la lúa de un potente foco que se había encendido de súbito cegándole.

Antes de abandonar el automóvil había tenido la precaución de dejar resbalar su pistola en el asiento, poniéndola casi junto a la puerta para que no fuera visible fácilmente. El cristal de la ventanilla estaba bajado.

—Ya me tiene en su poder, Slatery, se ha salido con la suya —dijo en voz lo suficientemente alta para poder ser oído.

—Cuidado con los movimientos, Sherray. No vaya a olvidar que le estamos encañonando. Me disgustaría tener que emplear plomo para usted.

—¿Qué le sucede, Slatery? ¿Es que tiene algo especial reservado para mí?

—Crea lo que mejor le parezca. Ha venido usted muy rápido con el coche. Le he dado veinte minutos y sólo ha invertido dieciocho.

—Sí, nunca pensé correr tanto para que me asesinaran al final del trayecto.

Slatery prorrumpió en una carcajada.

—No pierde usted el humor, Sherray. —Luego llamó—: ¡Foz!

El guardián gorilesco del niky a rayas apareció tras Sherray que permanecía con las manos en alto.

—¿Qué patrón?

—Regístralo. Quítale todo aquello parecido a una pistola o cuchillo, ya me entiendes.

Foz cacheó al norteamericano. Al fin, decepcionado, dijo:

—No lleva nada.

—Vaya, Sherray, es usted un hombre prudente. Mi hermano me decía que era peligroso y francamente, creí que se presentaría aquí con muchas ganas de lucha.

—¿Su hermano?

—Sí, su hermano soy yo, Sherray.

Miró al otro andén y descubrió a un hombre desconocido para él que le apuntaba con un pequeño Ametrallador portátil.

—Otro Slatery…

Martin rió. Luego, tiró de su bigote, arrancándolo, e hizo lo propio con su nariz y peluca.

—¿Me reconoce ahora, Sherray?

—Diablos, el asesino de los policías de Nueva York.

—El mismo, sólo que Nueva York queda muy lejos de aquí.

—Tuvo suerte de escapar allí, pero no volverá a huir.

—¿Tan seguro está? —preguntó socarrón.

—El crimen siempre paga y el tráfico de narcóticos por parte de los Slatery está llegando a su fin. Por cierto, una pregunta, ¿dónde tienen los laboratorios?

Ambos Slatery se rieron de él, lo tenían completamente en sus manos.

—¿Se lo decimos, Martin?

—Como quieras. Después de todo ya no lo va a contar a nadie.

—Es que no quiero irme al infierno sin saber cómo lo hicieron —arguyó Sherray.

—Me agrada su sangre fría, los llorones me fastidian aunque no le niego que me hubiera divertido verle suplicar un poco.

—No esperen eso de mí.

—Los laboratorios están dentro de un barco pequeño que en estos instantes efectúa la maniobra de atraque en el muelle de la fábrica.

—¿Un barco pesquero? —inquirió Sherray para hacer tiempo.

—Sí. Nos proporciona la materia prima para las conservas, pero debajo de la montaña de peces que siempre transporta su bodega hay un laboratorio de unos doscientos pies cuadrados. No es muy grande, pero sí suficiente.

—De modo que ese pesquero recoge el opio en Asia, opio comprado a través de unos traficantes de
Hong-Kong.

—Sí. Luego viene hacia aquí y durante el camino realiza la elaboración de la heroína mientras pesca un poco.

—Pero los químicos…

—Son asiáticos, dos japoneses y un chino El resto son marineros, claro que cuando llegan a puerto, esos químicos visten como marineros normales. Desembarcan primero los peces y luego la heroína que aquí nos encargamos de enlatar.

—Un plan perfecto. Supongo que ahora acabara de llegar una nueva provisión de heroína.

—Sí, unos cuantos kilos que nos pagarán no a precio de oro sino de uranio.

Martin intervino:

—Nos estropeó el mercado de Nueva York pero volveremos a reorganizarnos.

—Si vuelve a los Estados Unidos le cazarán —advirtió Sherray.

—No si modifico mi rostro con la cirugía estética y cambio de documentación. Todo está preparado para volver a funcionar. Usted sólo ha alterado un poco el proceso de nuestra producción y también nos ha hecho perder un montón de dinero, pero nos reharemos, claro que lo que ha hecho merece un premio.

De nuevo, soltó una carcajada.

El gorilesco Foz miró a sus dos patrones. Al verles reír, rió él también y para divertirse más golpeó con sus puños el costado de Sherray.

Al recibir tan fuerte golpe, el norteamericano cayó al suelo.

—No le pegues más, Foz —dijo Paul—. El caballero querrá preguntar por su dama. ¿No es cierto, Sherray?

Albert hinchó sus pulmones en busca de aire. Luego, asintió con la cabeza.

—¿Dónde está ella?

—Camine y se la mostraremos.

Albert Sherray temió lo peor. Se puso en pie y siguió a Paul Slatery. Foz caminó tras él, empujándola y Martin se situó algo más distanciado controlándola Siempre con su ametrallador.

Salieron de la nave principal para pasar a la sala de cocción en grandes marmitas. El hedor a pescada abofeteó el olfato de Sherray.

—Sherray, suba la escalerilla de madera que le pondrá a nivel de la boca de la marmita.

Albert miró directamente a Paul y masculló:

—No estará dentro, ¿verdad?

Escuchó unos golpes tenues que provenían del interior de la

gran autoclave de acero inoxidable, una marmita de enorme capacidad con una gran tapa que se ajustaba con una veintena de tomillos que aseguraban la presión interior.

—La oye, ¿verdad? Cómo ve, está viva. Ésa es una caldera que cuece mediante inyección de vapor a presión. Se le pone una medida de agua, luego se calienta y se cuecen los peces a la temperatura que uno desea. Al mismo tiempo, es una celda excelente para encerrar a quien no debe molestar. —Se volvió hacia *el* gorila y ordenó—: Foz, abre la marmita.

Al separar la tapa apareció la cabeza de Vivían Warner.

—¡Por Dios, sáquenme de aquí dentro!

—¡Vivían, no temas!

—¡Albert!

—Adentro, Sherray o será ella quien reciba una granizada de plomo.

Sherray no tuvo otro remedio que saltar al interior de la marmita. En lo alto de la misma, fuertemente armados, aparecieron los Slatery. Martin preguntó:

—¿Sabe alfabeto morse?

—¿Y qué importa eso ahora?

—Nada, ya lo sabrá.

Por su parte, Paul ordenó:

—¡Foz, cierra la marmita!

La tapadera se cerró sobre la pareja con un chasquido metálico. Sherray, que permaneció con el oído atento, escuchó cómo el gorila se cuidaba de ajustar los tornillos uno por uno.

—Albert, tengo miedo. ¿Qué sucederá ahora?

—No lo sé, cariño, hay que esperar.

—Te han hecho venir por mí, ¿verdad?

—¿Qué importa eso?

—Albert, Albert —se le abrazó—, tengo miedo.

Él la estrechó fuertemente entre sus brazos. Jamás se había asustado ante el peligro, pero sabía que aquella situación era más que difícil.

Se escucharon unos golpes provenientes del exterior y hechos sobre el acero de la marmita. Allí dentro sonaron ensordecedores.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—Morse.

Ambos tradujeron los golpes directamente. Fue Vivían la que dijo en voz alta:

—«Feliz cocción». ¡Dios mío, van a cocernos aquí dentro!

—Calma, calma, todavía no está todo perdido.

—¡Sí que lo está! ¿Cómo vamos a salir de aquí?

Aterrada, la joven comenzó a golpear contra las paredes de acero. Todo fue inútil.

Escucharon un fuerte ruido. Era un chorro de agua y no tardaron en tener los pies mojados.

Albert se separó de ella rápidamente y comenzó a tantear las paredes de la marmita hasta encontrar el orificio por dónde entraba el agua y luego siguió buscando hasta hallar otro.

—Aquí está.

—¿El qué?

—La entrada del vapor recalentado a la marmita. Ya deben tener la caldera de vapor en marcha.

Mientras, el nivel de agua iba subiendo.

—Albert, Albert, tengo miedo…

—Calma, aún queda una esperanza.

—¿Cuál?

Albert se quitó la chaqueta y luego la camisa. Arrancó las mangas, retorciéndolas, y comenzó a introducir tela por el interior del agujero conductor de vapor, procurando que llegara lo más lejos posible.

—¿Qué estás haciendo?

—Trato de taponar la entrada de vapor. No sé si servirá, pero es nuestra última oportunidad.

—¿Eso resistirá la presión del vapor?

—Lo ignoro, pero debo intentarlo.

De pronto, a mitad de su volumen, el chorro de agua se cortó. Vivían dijo:

—Ahora darán el vapor.

Efectivamente, en el exterior, Foz accionó la llave del vapor. El tubo de conducción comenzó a calentarse.

El tapón de tela mojada y enroscada resistía. Fajaron los minutos y la presión dentro del tubo exterior fue en aumento.

Sherray introdujo la mano en el agujero y comprobó que la tela se movía ligeramente hacia el interior de la marmita, empujada por

el vapor.

Decidido, se sumergió en el agua cruzándose en la caldera. Se aguantó con las manos en la pared opuesta y sujetó el tapón de tela con el tacón de su zapato.

Vivían se asustó, pero Sherray aguantó hasta que tus pulmones semejaron querer estallar por la falta de aire. De pronto, escucharon un estrépito.

En el exterior, el tubo de conducción, ya un tanto viejo, reventó al no poder pasar el vapor al interior de la caldera, abriéndose por la soldadura. Echó el vapor hacia afuera.

—Creo que lo hemos conseguido —dijo Sherray saliendo del agua.

Afuera, Foz quedó perplejo. Los hermanos Slatery se habían marchado al muelle para recibir al *Mozambique*.

Golpeó sobre la tapa y no halló respuesta. Albert contuvo a Vivían que instintivamente deseaba responder.

Foz pensó que dentro de la caldera habría entrado demasiada presión y comenzó a abrir la válvula de escape. Pero, no salió vapor y quedó todavía más perplejo.

Comenzó a destornillar la tapa y la abrió ligeramente para, ver lo que habría ocurrido en su interior, cuando por el resquicio asomó un puño que dio en su rostro con tal fuerza que lo lanzó escaleras abajo, propinándose una gran costalada.

Desde el interior de la marmita, Sherray empujó la tapa hacia arriba y se subió al borde. Se lanzó contra Foz enzarzándose ambos en una pelea a muerte.

Vivían se apresuró a salir de aquella mortífera marmita antes de que la tapa cayera por tercera vez sobre su cabeza.

Foz tenía la fuerza de una bestia bruta y sabía lucha libre, pero el karate de Sherray terminó con él dejándolo sepultado bajo un montón de sacos. Mientras, el vapor seguía escapando por el tubo reventado.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Vivian empapada hasta los huesos como Sherray, quien llevaba el torso desnudo.

—En el coche he dejado una pistola. Tú sube al despacho de Slatery y llama a Coeiro. Yo iré a ver qué puedo hacer en el muelle.

Ambos corrieron hasta la nave principal.

Vivian subió al despacho y Sherray cogió la pistola del coche y

el foco de luz portátil.

Luego, rodeó las naves hasta llegar al muelle donde estaca el *Mozambique*.

Nadie le había visto y desde lejos divisó sombras en la cubierta del pesquero. Situó el foco en el suelo y lo encendió iluminando la embarcación. Corrió apartándose de él y gritó:

—¡Quietos todos, están acorralados!

—¡Sherray! —gritó una vos en la cubierta, una voz que había salido de la garganta de Paul Slatery.

La metralleta de Martin ladró haciendo mil pedazos el foco que les cegaba al tiempo que gruñía:

—¿Cómo habrá podido escapar ese maldito?

Un hombre trató de saltar a tierra y fue cazado por una bala de la «Browning» empuñada por Sherray.

Slatery trató de cazarlo guiado por el fogonazo, pero Sherray había cambiado de posición y disparó a su vez sobre los repetidos fogonazos del ametrallador.

Se escuchó un alarido de dolor. Martin Slatery se tambaleó y cayó sobre la piedra del muelle; no volvería a escapar.

Varios hombres armados aparecieron en la cubierta del *Mozambique* disparando contra donde pudiera esconderse el agente de la Interpol que controlaba el muelle.

Se escucharon ronquidos de otras embarcaciones y el *Mozambique* quedó súbitamente iluminado por los potentes focos de las lanchas patrullas de la marina portuguesa que en tales circunstancias colaboraba con la policía.

—¡Que todo el mundo tire sus armas! —gritó una voz por megáfono.

Los hombres del *Mozambique*, que no podían ya poner en marcha la embarcación, comenzaron a disparar contra las lanchas patrulla y el muelle. Dos de ellos se arrojaron al agua y las potentes ametralladoras de la marina portuguesa ladraron barriendo la cubierta del *Mozambique* que pronto se silenció.

—¡Sherray! —gritó el inspector Coeiro corriendo junto a la empapada Vivian.

—Caramba, inspector, ¿cómo tan pronto por aquí? ¿Tiene usted alas? —preguntó Sherray todavía con la «Browning» caliente en la mano.

—No, sospechaba que todo pasaría aquí y he ordenado mantener bien vigilada la fábrica de conservas.

—¿Sin decirme nada? —preguntó Albert socarrón.

—Sí, lo mismo que hacen otros cuando les interesa.

—¿Cómo yo, por ejemplo? Pues, bendita sea su intervención. ¿También estaban alertadas las lanchas patrulleras?

—Sí, al saber que esta noche atracaría aquí un pesquero llamado *Mozambique* del cual se venía sospechando hace tiempo sin averiguar nada.

—Pues en la bodega, bajo una montaña de peces, está el laboratorio donde llevan los narcóticos que luego enlataban en la fábrica para exportarlos a los Estados Unidos.

Una veintena de agentes de la policía portuguesa abordaron el pesquero e hicieron bajar a Paul Slatery con las manos en alto mientras los marinos, con garfios, recogían a los que pretendían escapar nadando.

—Parece que toda la banda de traficantes de narcóticos ha sido capturada gracias a su audacia, Sherray.

—Y a su suspicacia, Coeiro.

—Un buen policía debe recelar de todo. Por cierto, ¿dónde está Veslao?

—Lo he dejado bien sujeto en un sótano próximo.

—Ya, el lugar desde donde se intervenía el teléfono de la fábrica.

—Sí, allí lo encontrará. Le he dado un par de golpecitos para que durmiera. Lo dejo en sus manos.

—Por supuesto, nosotros nos encargaremos de él.

—Magnífico, Coeiro. Ahora, no vaya a olvidarse de unas vacaciones con todos los gastos pagados en un buen hotel de Estoril como nos prometió.

Vivían Warner se dejó estrechar y besar por el norteamericano mientras Coeiro asentía con la cabeza, sonriente.

—Yo siempre cumplo mi palabra. Vacaciones pagadas para dos en Estoril, sí, señor.

Coeiro se apartó de la pareja para ocuparse de Paul Slatery.

Albert M. Sherray y Vivían estaban demasiado ocupados en besarse, hasta olvidar que estaban empapados hasta los huesos.

FIN